

marcus sidereo

LA HORA DE LAS CÉLULAS

R. CORTIELLA

La hora de las células

MARCUS SIDÉREO

La hora de las células

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Dep. legal: B. 20.911-69

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPITULO PRIMERO

SWOBODA, EL PLANETA AZUL

Una extraña claridad alumbraba los edificios construidos de un material translúcido unos y transparentes otros.

Aquella luz tenue, azulada, semejaba la de varios focos invisibles que al chocar contra las paredes lisas, redondas u ovoides la reflejara el suelo, un suelo que parecía estar construido de caucho.

Todo estaba desierto y, sin embargo, la ciudad se encontraba trabajando a pleno rendimiento.

Desde las vacías calles, mirando las paredes transparentes, podían verse funcionando las máquinas automáticas, los computadores electrónicos, los infatigables cerebros...

Datos y fichas surgían de una ranura, para ellos mismos, por conductos electromagnéticos, ir a colocarse a sus respectivos archivos.

Los memorizadores del computador general, que ocupaba el piso alto del edificio, retenían fórmulas y calculaban a gran velocidad, dictando las órdenes a los cerebros auxiliares.

El sonido metálico de las máquinas era el único ruido existente en el interior de cada edificio de la zona comercial, inaudible desde el exterior merced a sus gruesas paredes aislantes.

Más allá de la elegante zona comercial, se levantaban las fábricas.

La producción en cadena de armamentos y bólidos se efectuaba con matemática precisión.

También era posible ver, desde fuera, cómo se realizaba el trabajo sin que forma humana alguna interviniera.

Poderosos y complicados brazos mecánicos recogían las piezas que otra máquina, de acuerdo con el plan establecido, producía.

Los «brazos» colocaban automáticamente las piezas en la cadena, que inmediatamente se juntaban unas con otras, y así sucesivamente hasta completar el arma, el aeromóvil o. cualquier otro artefacto.

Naturalmente, un computador era el encargado de «ordenar» el trabajo.

Sin embargo, a los ojos de un forastero, toda aquella maravilla tecnológica que constituía la automatización total carecía de vida, porque...

¿Dónde estaba la forma humana que regía los destinos de aquella ciudad

de Swoboda, el planeta azul?

¿Dónde se encontraban los beneficiarios de aquel complejo creador que laboraba automáticamente?

¿Y en provecho de quién?

Otra zona de la ciudad, indudablemente destinada a residencias particulares, estaba constituida por monótonos edificios construidos al estilo de las oficinas comerciales.

Las diversas plantas que se apreciaban desde fuera estaban vacías.

¡Vacías!

La ciudad entera había emigrado, dejando que en su lugar las máquinas trabajasen.

Morrill, sobrevolando los edificios con su aeromóvil biplaza, observaba desconcertado y lleno de curiosidad todo aquello.

Morrill era una *forma humana* alta, de pelo rojo, abundante, y ojos grandes, risueños, soñadores, quizás un poeta habría hecho de él la imagen perfecta del trovador, aunque en vez de laúd, tenía cruzado a su espalda un extraño artefacto de grueso cañón, en mitad del cual sobresalía un guardamonte con el gatillo correspondiente. Parecía construido de material extraordinariamente liviano.

Morrill dio una nueva pasada sobre la ciudad desierta y silenciosa, hasta que el control de señales de su aeromóvil le indicó unos extraños signos que el piloto comprendió perfectamente:

«Están dándome instrucciones para tomar tierra».

Pulsó un botón para responder que las instrucciones habían sido comprendidas.

Resultaba extraordinario. Él no había visto nunca anteriormente aquellos signos. Y, sin embargo, los *comprendió*. Enseguida había sabido que *aquello* eran instrucciones para el *aterrizaje*.

Miró el marcador de combustible. Estaba a cero desde hacía bastante rato. El aeromóvil funcionaba con la reserva, a todas luces insuficiente para regresar a su muy lejana base.

Tenía que tomar tierra forzosamente y se sentía intrigado. Muy intrigado.

Su aeromóvil se posó suavemente en el suelo recauchutado, en forma vertical, y ocupó un círculo luminoso que había aparecido en el suelo, como para indicarle el lugar exacto donde debía colocar su pequeña nave.

Bajó sin escafandra. Evidentemente, la atmósfera del lugar era respirable.

Miró en derredor.

Hangares transparentes guardaban bólidos de distintos tamaños.

Era extraña su construcción en relación con el aeromóvil de Morrill, que recorrió la pista sin cruzarse con nadie.

Llegó hasta la torre de control y una pantalla, con los mismos extraños e incomprensibles signos, le indicó el camino a seguir.

Incomprensibles signos que, sin embargo, orientaban al piloto.

¡Lo orientaban!

Fue directamente hacia una plataforma, que inmediatamente le subió hasta lo más alto de la torre.

Allí estaba el computador, y varios pupitres con ojos magnéticos que guiñaban constantemente.

La pantalla de radar funcionaba a la perfección. Y un conjunto de sonidos opacos, de lucecitas que se encendían y apagaban intermitentemente, demostraban que la torre trabajaba a pleno rendimiento.

Sin embargo... ¿para quién?

«¿Acaso no hay nadie en este lugar?, murmuró para sí Morrill.

Miró hacia el exterior azulado, hasta que un sonido insistente llamó su atención.

Se fijó en la pantalla de radar, que oscilaba como si un objeto desconocido le impidiera seguir su normal desenvolvimiento.

Enseguida, de la pantalla del computador surgió un signo que Morrill tradujo mentalmente:

Atención. Peligro.

Y el signo se repitió alcanzando cada vez mayor tamaño, como queriendo indicar que el peligro era inmediato. Muy inmediato.

Luego apareció otro signo:

Pulse palanca aislamiento.

Mecánicamente, Morrill obedeció la indicación, pulsando un botón del tablero.

Acto seguido, un sonido prolongado como el de una plataforma en marcha le hizo mirar en torno suyo.

— ¿Qué es esto? —se preguntó, mientras una doble pared metálica bajaba del techo para cerrar herméticamente la sala de la torre.

En el gran ventanal circular, único contacto visual con el exterior,

apareció por los lados una doble lámina transparente que cerró hasta ajustarse perfectamente.

En la pantalla apareció un signo que Morrill tradujo por:

Aislado.

¿Cuál era el peligro?

Morrill se acercó nuevamente al ventanal. Fuera podía ver la misma tenue luminosidad azulada.

Pudo verla hasta que, de repente, todo pareció variar.

El azul se hizo primero más suave, hasta cambiar por un tono violeta.

¿De dónde procedía la nueva y potente luz capaz de cambiar el color habitual de la normal?

— ¿Eeeh? —la exclamación surgió espontáneamente de la garganta del piloto.

De pronto, había visto el motivo del cambio de color.

Por los aires se acercaba un objeto radiante. Rojo era su color. Rojo como una bola de fuego.

Era algo pequeño, redondo y marchaba a escasa velocidad sosteniéndose en el aire.

Cuando estuvo más cerca, calculó que su tamaño no era superior al de una pelota de tenis.

—No es posible —musitó.

No. No parecía posible que un objeto tan insignificante tuviera tal poder.

Cuando pasó cerca de la torre de control, su luz era tan cegadora que Merrill tuvo que apartar la mirada.

Colocándose de espaldas y mirando con el rabillo del ojo, pudo observar cómo el objeto se mantenía suspenso en el aire a muy escasa distancia de la ventana de doble cristal.

Permaneció allí unos instantes, hasta que al fin se elevó por los aires tomando la ruta del centro de la ciudad.

Los destellos rojizos se prodigaron.

El color del ambiente, continuaba violáceo.

«¿Qué puede ser esto?»

La insignificancia de su tamaño descartaba la posibilidad de que aquello fuese un bólido tripulado, pues de ser así sus ocupantes tendrían que haber sido seres extraordinariamente pequeños.

Más bien se le antojó como un objeto dirigido que posiblemente transmitía datos a la base desde la que había sido enviado.

La pantalla del computador distrajo nuevamente la atención de Morrill, al comprender la nueva inscripción.

Radiactividad, radiactividad, radiactividad...

¡Aquel objeto despedía radiactividad y contaminaba la atmósfera!

Allí estaba el peligro. En el exterior, porque la pantalla decía con sus signos:

Interior normal. No salga nadie hasta la total descontaminación.

Lentamente volvió el color azulado. La pantalla de radar funcionó con normalidad, dejando de oscilar, como si se hubiese librado de algo magnético que la tuviera sujeta, presa.

Pulse aparato descontaminador, apareció en signos en la pantalla del computador.

Morrill obedeció.

Después de pulsar el botón volvió a mirar por el ventanal. Todo parecía haber recobrado la normalidad. La fría normalidad de aquel lugar desierto de *formas humanas* y gobernado únicamente por las máquinas automáticas.

Una fina lluvia, semejante al agua pulverizada, cayó sobre el vasto campo de aterrizaje.

Morrill no supo de dónde salía el agua; sin embargo, cuando la lluvia cesó, pudo leer en la pantalla:

Peligro finito.

Poco después, y previa pulsación de los botones correspondientes, Morrill salió de su aislamiento.

Su problema, desde luego, seguía. Era el problema de la falta de combustible.

Permaneció un instante delante del computador, hasta que en una de las palancas leyó unos signos que tradujo:

Consultas.

Morrill habló a través de un micro adosado en el pupitre.

—Combustible. Necesitó combustible.

Inmediatamente obtuvo la respuesta:

— *¿Qué clase de aparato?*

—Es un aeromóvil biplaza —explicó.

— *¿Modelo?* —preguntó la pantalla silenciosa.

—Un WQ-Marcus, de la serie novecientos.

—*No conocemos esta clase de aeromóvil* — fue la respuesta del conmutador.

— ¿Qué clase de carburante se usa aquí? —preguntó el piloto a través del micro.

En la pantalla aparecieron unos signos que hicieron agrandar los ojos de Morrill.

— ¡El Dimantino, cuya fórmula busca el profesor Klaberg! Mi modelo de aeromóvil se ajusta perfectamente a ese carburante. ¡Oh, si estuviera Klaberg aquí...! Por favor... Necesito llenar mi depósito. ¿Puedo hacerlo?

—*Puede hacerlo. Diríjase al hangar «2».*

—Gracias.

Morrill desconectó el micro y salió de aquella extraña torre automatizada.

Ciertamente, ya empezaba a familiarizarse con aquel extraño ambiente.

Luego, junto al hangar «2», y mediante la pulsación de un botón, apareció de la ranura de la máquina una tableta de unos veinte centímetros de largo por diez de ancho y dos de grueso.

— ¡El carburante sólido Dimantino! —exclamó Morrill contemplando la pieza forrada de caucho, que indicaba con signos extraños, pero que de forma inexplicable se hacían perfectamente claros para el piloto:

No sacar el envoltorio hasta el momento de usar el combustible.

Y más abajo:

Usar los guantes protectores.

¿Guantes?

Sí. Morrill recordó algunas de las características que el doctor Klaberg le había explicado referentes al nuevo combustible.

Una vez conseguido el Dimantino era extremadamente peligroso tocarlo con ninguna parte del cuerpo. Las consecuencias no podían preverse.

Morrill se guardó la pastilla en uno de los bolsillos interiores de su mono-piloto y extrajo unos guantes impermeables.

Poco después, con sumo cuidado, introdujo la pastilla en el depósito especial.

— ¡Cuando sepa esto el doctor Klaberg! —exclamó.

Miró en torno suyo. Reinaba el mismo silencio en todas partes.

En la mente tenía una idea fija. Volver a aquel lugar. Volver con el doctor y averiguar el motivo de la ausencia total de formas humanas.

Subió al aeromóvil y pidió instrucciones para el despegue.

—*Vía libre* —informó la pantalla.

Morrill pulsó la palanca e inmediatamente su aeromóvil se elevó, primero con lentitud. Pero, inmediatamente, su velocidad tomó un gran incremento.

Morrill intentó dominar aquella potencia tremenda que hacía vibrar todo el pequeño aparato, pero le fue imposible.

«Es el Dimantino», pensó. «¡El Dimantino!»

Algo fallaba en los cálculos de Klaberg. Él había dicho que el nuevo combustible era adaptable a todos los aparatos. Sin embargo, su potencia manifiesta indicaba bien claramente la necesidad de hacer algunas reformas.

Morrill era zarandeado de un lado a otro y se hubiese estrellado contra las paredes del aparato de no haber estado fuertemente sujeto con los correajes de seguridad.

Sus manos convulsas no podían dominar los mandos, ni siquiera para acercarse a la palanca de reducción.

Morrill notaba los efectos de aquella continua vibración bien distinta a la que todo piloto debía someterse antes de conseguir el título para tripular un aeromóvil interespacial.

Jadeante, respirando con mucha dificultad, intentaba no perder el sentido, que amenazaba con abandonarle.

La oscura noche espacial discurría ante él a un ritmo veloz.

Meteoritos, partículas, todo aquel universo misterioso desfilaba ahora ante él a ritmo acelerado.

Inútil ya todo esfuerzo, su cabeza cayó hacia atrás.

Su cuerpo, insensible ya, siguió sentado y convulso, mientras el aeromóvil seguía su ritmo imparable.

Morrill había pendido la noción de todo.

CAPÍTULO II

Si alguna vez alguien llegó a decir que la mujer era un animal de pelo largo e ideas cortas, fue porque no conoció, ni conocería jamás, a Smyrna.

Las ideas de Smyrna no eran precisamente cortas, y en cuanto a su pelo, era totalmente inexistente.

Sin embargo, Smyrna era una hembra a la que podía considerársela bella, sugestiva.

Sus grandes ojos, azules; su tez blanca, purpúrea; su forma, todo en *ella* era armonioso, pero Smyrna vivía entregada al trabajo.

Como colaboradora del doctor Klaberg, trabajaba incesantemente en sus proyectos, encerrada siempre en el laboratorio de su colega, porque Smyrna era también doctora.

Después de quitar del cuerpo de Morrill los aparatos electrodos, cambió una mirada con Klaberg, varón extremadamente alto y enjuto.

—Nada... Y no lo comprendo —murmuró.

—Es extraño. Tiene vida, respira, y sin embargo no hay forma de dominar el shock.

— ¿Cómo cree que ha podido producirse? —inquirió ella pensativa.

—No lo sé. Ya le dije que le había encontrado dentro de su aeromóvil. Tenía los ojos abiertos y esa misma mirada perdida, extraviada.

—Puede que en su último vuelo haya visto algo, o haya experimentado alguna sensación pavorosa. Algo que ni nosotros mismos podamos imaginar — arguyó la doctora.

—Es posible. Pero no lo sabremos hasta que vuelva a la normalidad. Inyéctele alimentos normales. De momento, no podemos hacer otra cosa por él.

Klaberg salió de la estancia en cuyo lecho yacía el insensible piloto Morrill.

Ella quedó observándolo unos instantes y luego se acercó a la mesita para tomar una aguja hipodérmica y la jeringuilla, con la que extrajo un líquido rojizo del interior de un frasco.

Después de pinchar a Morrill aguardó unos instantes en la cabecera de la cama.

Morrill comenzó a moverse ligeramente. Luego, pareció que sus ojos, que

hasta entonces habían permanecido fijos en un punto indefinido, se volvían hacia ella.

La miró sin la menor expresión.

—Morrill, puedes oírme. Verdad —inquirió Smyrna.

Él siguió en la misma actitud pasiva.

—Morrill. Soy Smyrna. ¿Puedes recordar lo que ha sucedido?

— ¿Smyrna? —murmuró él al cabo de un silencio.

— ¿No me reconoces? —sonrió ella con extremada dulzura.

— ¿Smyrna? —repitió él de forma automática, vaga... Su voz parecía surgir de muy lejos.

— ¡Morrill! ¿No habrás perdido la memoria?

Se hizo un silencio. Después... y siempre con la misma voz lejana e impersonal, él murmuró:

—Tengo que volver... tengo que volver al planeta azul. Tengo que volver con el doctor Klaberg.

— ¿Al planeta azul? ¿Te refieres a Swoboda?

—Sí. Swoboda. Tengo que volver. El combustible... Tengo que volver —parecía estar haciendo un gran esfuerzo que le fatigaba.

—Descansa, Morrill. Iré a buscar a Klaberg.

—Tengo que volver allá —repitió él como si alguien le estuviera obligando por medio del hipnotismo a repetir aquellas palabras.

Luego, antes de que Smyrna pudiera irse, Morrill acusó el esfuerzo que sin duda acababa de realizar y quedó sumido en la inconsciencia, sin cerrar los ojos, manteniéndolos fijos en un punto del techo, pero estando insensible, ausente por completo.

—Morrill, Morrill —llamó ella.

No obtuvo respuesta.

* * *

Dos técnicos habían estado examinando el aeromóvil, y uno de ellos pasaba el informe al jefe Marcus, seguidor de la dinastía de inventores de aquellos vehículos espaciales.

—El aparato, sin duda, ha estado sometido a grandes vibraciones. Algunos controles se han estropeado, otros quedaron anquilosados. Es

bastante extraño.

Marcus que estaba pendiente de la ebullición de varios líquidos mezclados en el interior de una probeta, se volvió hacia su informante.

— ¿Y el combustible? —preguntó—. ¿Tiene combustible?

—Eso es lo extraño. El depósito está vacío.

—No puede ser. No habría podido llegar. Usted conoce el mínimo de reserva que se precisa para tomar «tierra».

—Sí, desde luego, y también me ha extrañado, porque los cohetes retropropulsores, de emergencia, están intactos.

—Y lo más chocante es que Morrill llegó inconsciente y no fue directamente al campo, sino que verificó su contacto con el suelo bastante lejos —hizo una pausa y añadió—: Tendré que ver al doctor Klaberg. Fue él quien le encontró. Me gustaría esclarecer ese misterio. Gracias por su informe.

El técnico se alejó del laboratorio de análisis de Marcus y este se dirigió al transmisor, visual.

Manipuló una palanquita e inmediatamente se iluminó una pantalla en la que apareció el doctor Klaberg que estaba al lado de Smyrna.

— ¿Cómo está nuestro enfermo, doctor?

—Hola, Marcus. No puedo decirle nada con respecto a su estado. Sigue estacionario, pero insiste en que ha estado en Swoboda, el planeta azul.

—Pero... ¿Qué dice usted, Klaberg?

La sorpresa en el gesto y en la voz de Marcus era evidente.

—Sí, Marcus. Es lo único que hemos podido averiguar.

—Swoboda está demasiado lejos. Con el tiempo que Morrill llevaba fuera de la base, sólo habría tenido tiempo de hacer el viaje de ida —razonó Marcus.

—Es lo que yo pienso, pero me temo que no podremos aclarar las cosas hasta que sea posible devolverle a la normalidad.

—Inténtelo, doctor. Haga lo que pueda. Me interesa mucho esclarecer este asunto.

Después, cuando la imagen del doctor se borró de la pantalla, Marcus quedó pensativo unos instantes, mientras murmuraba para sí:

«¡Vibraciones! ¡El aparato ha estado sometido a profundas vibraciones...! ¡Velocidad! Eso es... Pera ¿cómo es posible alcanzar una velocidad superior a la normal? Sólo si se consiguiera el Dimantino...»

¡El Dimantino!

Marcus tuvo una idea. Personalmente fue hasta el aeromóvil para comprobar el depósito normal de combustible que, tal como le había dicho el técnico, estaba vacío.

Entonces Marcus buscó el depósito suplementario destinado al futuro invento de Klaberg y lleno de estupor vio la rectangular pastilla.

— ¡Ha volado con un nuevo combustible!

Después de enfundarse unos guantes aislantes, tomó la pastilla. Parecía intacta, quizá algo más delgada que cuando Morrill la había colocado, supuso.

Inmediatamente después, ponía en marcha el sistema personal de autotransporte y, adquiriendo una velocidad muy por encima de la normal, se trasladó hasta el departamento de Klaberg.

En aquel mismo instante, en la sala de recepción de la base de llegada y despegue se anunciaba la proximidad de un vehículo espacial procedente de Swoboda, el planeta azul.

— ¿Del planeta azul? —murmuró asombrado el oficial al que le fue pasado el comunicado.

—Eso ha anunciado el piloto.

—Hay que avisar inmediatamente a Marcus.

— ¿Cree que puede ocurrir algo?

—No lo sé, pero estemos preparados por si acaso. Conecte todos los sistemas de defensa.

—Sí —replicó el que había pasado el aviso.

— ¿Cuántos viajan en ese vehículo?

—No lo sé.

—Averígüelo y mucho cuidado.

—Oiga... ¿Cómo supone que son los habitantes de Swoboda?

El oficial se encogió de hombros.

—Sé lo mismo que usted. Son seres totalmente desconocidos para nosotros. Pero pronto saldremos de dudas.

La nave de Swoboda se acercaba a velocidad vertiginosa y enseguida tomaría contacto con el suelo de la base.

¿Quién pilotaba la nave?

¿Y qué venía a buscar desde tan lejos?

CAPÍTULO III

— ¡Dimantino! —exclamó Klaberg después de examinar la muestra de combustible que Marcus le había llevado.

—Es lo que yo suponía, doctor.

—Eso explicaría la rapidez del viaje de Morrill.

—Y quizá también su estado —adujo Smyrna—. Su cuerpo ha estado sometido a vibraciones jamás experimentadas.

—Déjeme esto aquí, Marcus —pidió Klaberg—, quiero analizarlo. Estoy seguro de encontrar las materias que faltan para hallar la fórmula.

La pantalla del transmisor visual se encendió y el rostro del oficial de recepción de la base apareció en él para pedir:

—Con Marcus, por favor... Es urgente.

Klaberg cedió el puesto al aludido que enseguida preguntó a qué se debía la urgencia de la llamada.

—Acaba de tomar tierra una nave procedente del planeta azul. Hemos tomado precauciones, ordenando a la tripulación que no salga hasta recibir nuestras instrucciones.

—Bien hecho. Enseguida voy para allá. ¿Sabe cuántos seres vienen?

—Debe de haber algún ligero contratiempo en la pantalla, porque no hemos obtenido respuesta.

—Está bien. No hagan nada hasta que yo llegue. Corto.

La imagen del oficial desapareció de la pantalla. Marcus se volvió hacia el doctor:

— ¿Qué piensa de esto?

—No lo sé, Marcus. Espero, sin embargo, que no haya contratiempos.

—Hablare con esa gente, pero no sé por qué, me temo que su visita está relacionada con el viaje de Morrill.

Marcus salió al exterior, autopropulsándose para dirigirse lo más deprisa posible a la base.

Poco después, llegaba a su destino.

—Vamos a ver esto —dijo, y dos celadores con casco y trajes aislantes se colocaron a su lado empuñando armas idénticas a la que llevaba Morrill en el

aeromóvil.

A Marcus le fue ofrecido uno de aquellos trajes; él se lo enfundó, lo mismo que el casco.

Terminada la operación, los dos celadores se colocaron uno a cada lado del Jefe y ligeramente retrasados caminaron hasta las cercanías de la nave.

El vehículo espacial era de proporciones normales, aunque superior a los biplaza «Marcus». La capacidad podía estimarse en una docena de ocupantes.

A través de un «micro», Marcus habló a los de la nave.

— Si vienen en son de paz, sean bienvenidos a Featon II. Les consideraremos nuestros huéspedes de honor.

Una de las ventanillas del aparato se abrió y ante la expectación general apareció enseguida una pantalla con unos extraños signos.

Como siempre, a pesar de estar escritos de forma incomprensible, todos tuvieron la sensación de entender la respuesta.

—*Gracias por el ofrecimiento. Venimos en son de paz.*

—Bien. Pueden salir —dijo Marcus que parecía mucho más tranquilo.

La expectación subió de tono.

En los ángulos de la base, los cañones estaban preparados, tras cada uno de ellos, varios servidores se hallaban dispuestos a dispararlos si la ocasión lo requería.

Sin embargo, nadie se apeó del aparato. Ninguna forma humana surgió de la portezuela que seguía cerrada.

— ¿Por qué no salen? —preguntó extrañado Marcus, dirigiéndose a los celadores que le cubrían la espalda; y luego, alzando la voz, repitió a través del micro:

—Les he dicho que pueden salir.

El resultado fue el mismo que el anterior. Ningún signo de que alguien estuviese dispuesto a bajar.

Sin embargo, fue la pantalla la que habló:

—*Queremos a su piloto.*

— ¿Nuestro piloto?

—*Ignoramos su nombre. Se llevó una de nuestras medidas de combustible.*

Marcus comprendió enseguida que se referían a Morrill.

—Ese piloto al que se refieren está hospitalizado. Su estado, sin ser grave,

no le permite moverse de la cama. Lo siento. Pero díganme... ¿Por qué quieren a Morrill?

— *¿Morrill es el nombre de su piloto?*

—Sí.

—*Queremos que se nos devuelva el combustible* —surgió en la pantalla.

—Pues... —Marcus vaciló—. ¿Acaso no se lo dieron ustedes?

Silencio en la pantalla.

— ¿Quieren insinuar que Morrill les robó el combustible?

—*No* —replicó la pantalla.

—Pues entonces... ¿Por qué quieren recuperarlo?

—*Nuestro combustible es único. No queremos que nadie lo reproduzca.*

—Entonces... ¿Por qué se lo dieron? —preguntó con toda lógica Marcus.

—*Le hicimos un favor para que pudiera regresar. Esto es todo.*

Y tras una pausa la pantalla marcó en tono insistente:

—*El combustible.*

—Tendrán que esperar. Lo tiene el doctor Klaberg.

—*Lo sabemos.*

— ¿Lo saben?

—*Sí. En su desvarío, antes de quedar inconsciente, su piloto repetía con frecuencia el nombre de Klaberg, y hablaba de la reproducción del combustible.*

—Un momento —contemporizó Marcus—. ¿Por qué no bajan y discutimos el asunto tranquilamente? Ustedes vienen de muy lejos. No puede hacerles daño que nosotros disfrutemos de su invento.

— *¡No hay trato*! —replicó tajante aquella pantalla por medio de los habituales signos.

— ¿Por qué no salen? ¿Qué les pasa? No les haremos ningún daño —murmuró Marcus.

Silencio.

Todo aquello le parecía sumamente extraño y decidió avanzar.

— *¡No se acerque!* —anotó la pantalla.

Los celadores afianzaron su defensa encañonando con sus anuas de grueso cañón y peso liviano a la astronave.

Marcus dudó un momento, pero siguió avanzando.

—Les aseguro que no les haremos ningún daño, pero si nos lo hacen a cualquiera de nosotros les advierto que tenemos varios cañones apuntándoles. Su astronave quedaría instantáneamente desintegrada.

—*Somos más fuertes que ustedes, pero no pensamos atacar* —fue la réplica de la pantalla.

Marcus llegó junto a la portezuela que cerraba herméticamente sin juntura visible.

—Abran la puerta. Voy a subir.

La pantalla enmudeció. Marcus tras una breve espera hizo una seña a uno de los celadores.

Este, con un gesto, indicó a otros que se acercaran con una de las escalerillas normales.

Poco después, Marcos trepaba por la escalera mecánica para mirar a través de los cristales el interior de la nave.

Quedó un momento silencioso, oteando el oscuro interior.

Luego cuando se volvió, su rostro expresaba un gran asombro, sus pupilas dilatadas en extremo, parecían indicar desconcierto, miedo tal vez...

¿Qué es lo que había visto en el interior de la nave?

¿Quiénes eran sus ocupantes?

¿Qué forma tenían?

CAPITULO IV

—Nadie —repitió maquinalmente el jefe Marcus.

— ¿Cómo? —volvió a preguntar Klaberg.

—Lo que ha oído, doctor. En el interior de la nave no había nadie. Todo estaba controlado automáticamente.

—Bueno... Indudablemente, existiría un cerebro que lo rigiera. Un computador, me refiero, claro.

—Sí... Eso pensé, pero no tuve tiempo de examinarlo con cuidado. La nave remontó inmediatamente el vuelo a una velocidad increíble, fabulosa, fantástica, nunca había visto nada igual.

— ¿Y no dijeron nada? —preguntó Klaberg.

—No. Pero tuve la sensación de que quedaba una amenaza pendiente.

Klaberg tenía ante el mostrador de su laboratorio la pastilla de Dimantino, mientras un pequeño computador memorizaba todos los datos y extraía fórmulas.

— ¿Una amenaza por la posesión de esto?

Y señaló la pastilla.

— Sí. He averiguado algo. Bastante. Terminaré pronto, pero temo que la consecución del combustible no sea tan fácil.

— ¿Qué dice el computador?

—Entran materias desconocidas, parece como si quisiera indicar que la parte principal proviene de la Nafta.

—Usted entiende más que yo sobre la materia. Pero la Nafta...

—Sé lo que va a decirme, Marcus, pero óigame bien. Me refiero a capas de Nafta desecadas por la acción del vacío. Existen planetas que, por su escasa gravedad, no han podido retener los gases constitutivos de la atmósfera. Así esa Nafta desecada puede constituir un elemento básico para un combustible sintético de alto poder.

—Pero... ¿de dónde extraer esa Nafta deseada?

—Eso es lo extraño. Y de veras me gustaría hacer un viaje a Swoboda.

—Temo que no seamos muy bien recibidos, doctor.

—Sí, eso temo yo, después de lo ocurrido con esa nave autodirigida.

—De todos modos, sería interesante tener un cambio de impresiones con alguien importante de Swoboda.

Tras una pausa el doctor Klaberg murmuró:

—Arregle ese viaje. Iré yo personalmente.

—Le acompañaré —replicó Marcus.

—Está bien. Dispóngalo todo.

Smyrna entró en aquellos instantes con una noticia.

—Doctor Klaberg. ¡Oh, hola, Jefe Marcus!

— ¿Ocurre algo? —preguntó Klaberg.

—Sí. Morrill ha despertado. Parece bastante más recuperado.

—Pues no ha podido hacerlo en mejor momento. Vamos allá —replicó Klaberg, haciendo un gesto a Marcus para que les acompañara.

* * *

— ¡No comprendo! —murmuró Morrill como si surgiera de un largo letargo del que comenzara a recuperarse—. Ellos me dieron el combustible.

—Pero... ¿Habló usted con alguien? —inquirió Marcus.

—No. Eso es lo extraño. No me encontré con ninguna forma viviente. Es un lugar inquietante. Sin embargo, en lo demás parece normal. Una ciudad técnicamente avanzada. Bonitas construcciones, funcionales... Todo me pareció excelente. No obstante, la carencia de un ser viviente fue lo más sorprendente.

—Háblales de esa extraña bola roja luminosa —adujo Smyrna.

— ¿Una bola roja? —preguntó Klaberg.

—Radiactiva —corroboró el joven piloto—. El computador me previno de los peligros. Puedo decir que gracias a tal previsión todavía estoy vivo.

—Es extraño el modo de comportarse de esa gente. Por un lado vienen, a reclamar un pedazo de pastilla, por otro se la dan para que pueda regresar y le previenen de un peligro —musitó Klaberg pensativo.

—Me gustaría volver —dijo el piloto.

—Si se siente con fuerzas, Morrill, podrá hacerlo. Marcus y yo saldremos en cuanto todo esté dispuesto.

—Claro que les acompañaré. Me encuentro mucho mejor.

— ¿Puedo ir con ustedes? —intervino Smyrna.

—No tendría inconveniente —replicó el doctor—. Pero, dadas las circunstancias, puede correr peligro.

—Ya sabe que no tengo miedo, doctor.

—Yo opino que deberías quedarte —intervino Morrill.

—Insisto —sonrió ella.

—Bueno. Hagan lo que quieran —concluyó Marcus—. Yo dispondré una nave y me llevaré media docena de celadores. No son muchos, pero no podemos arriesgarnos a llegar con un ejército y crean que vamos en son de guerra.

—Me parece muy bien —adujo el doctor Klaberg.

—Entonces, no hay más que hablar. Cuando esté dispuesto, avíseme, doctor.

—Primero me gustaría aclarar algunas cosas, con respecto a la fórmula del Dimantino. Es cuestión de poco tiempo.

El doctor volvió al laboratorio y Smyrna se quedó a solas con el recuperado Morrill.

— ¡Morrill! No he querido decir nada antes, porque se trata de algo que todavía está confuso en mi mente. Pero he estado efectuando algunos estudios sobre la formación primitiva de nuestro planeta.

— ¿Featon I? —preguntó él.

—Sí, Featon I. Se desintegró en época inmemorial y parece ser que tuvo mucho que ver una guerra horrible que terminó con varios planetas...

—Sí... Cabe esa posibilidad, aunque la considero muy remota.

— ¿Por qué?

—Ten en cuenta, Smyrna, que en esa época remota no se disponían de las armas actuales. Parece inconcebible, por lo tanto, que los habitantes de aquella época pudieran desencadenar tal catástrofe.

—Sabemos muy poco de entonces, Morrill. Lo único que se ha podido establecer es que nuestro actual planeta sea una parte de aquel que merced a la aparición de una capa gaseosa que, con el tiempo, ha ido aumentando se haya estabilizado al encontrar un astro en derredor del cual gira, debido a su poder de atracción.

—Desde luego.

—Pues bien, Morrill, sigamos con mi teoría... Si Featon fue destruido a causa de una guerra, se debió a la suprema inteligencia a que habían llegado

sus hombres... Tú dices que, en Swoboda, todo funciona de un modo automático. Así pienso que era Featon antes de ser destruido.

— ¿Y qué?

—Nosotros estamos a punto de alcanzar esa perfección. Quizá nos falten algunas cosas que tienen en Swoboda. Y no querrán dárnoslas.

—Es posible.

—Eso podría desencadenar otra terrible guerra, Morrill. ¿No lo has pensado?

—Bueno. Sólo se trata de celebrar conversaciones... Si es que hay alguien con quien celebrarlas.

—Ojalá no sea más que eso...

— ¿Por qué lo dices?

—No es por miedo de lo que pueda ocurrirme a mí. Bien lo sabes. Pero temo por nuestro futuro, por eso quiero ir. Ahora no he dicho nada porque supuse sería inútil disuadir a Marcus. Además... Tú también querías volver...

Hizo una pausa. Él la miró cariñosamente. Luego, Smyrna siguió.

—Según vayan las cosas allá en Swoboda, hablaré, y espero encontrar tu apoyo.

—Sabes que siempre te apoyo, Smyrna.

—Sí... Pero en eso es distinto. Tú también tienes esa lógica aspiración a obtener los máximos adelantos. Como piloto explorador has conseguido mucho en favor de nuestro planeta.

—Y tengo que seguir haciéndolo.

—Pero sin llegar a la violencia.

—Por supuesto, Smyrna. Sin llegar a la violencia.

Pero la doctora no pareció quedar demasiado convencida. Luego, antes de salir cambió de tema y se volvió pensativa.

—Y en cuanto a esa forma luminosa... A esa pelota radiactiva que viste en el planeta azul... ¿Has pensado en algo determinado?

—No. No lo he pensado —replicó él.

—Yo sí, Morrill y me aterra que mis pensamientos sean ciertos — fue la enigmática contestación de la bella e inteligente Smyrna.

CAPÍTULO V

En total eran diez las personas que emprendieron el vuelo utilizando el combustible normal. Marcus no había querido arriesgarse vista la experiencia de lo ocurrido a Morrill.

A parte, pues, de los seis «celadores» ocupaban el vehículo espacial el doctor Klaberg, Marcus, Morrill y la doctora Smyrna.

El mando del aparato lo ocupaba el propio Jefe Marcus.

Todos sabían que el viaje iba a ser muy largo, pues en los planos de la Constelación «Brenna», el planeta azul, como se le llamaba, era el más lejano considerado hasta entonces como poco que inaccesible.

El «marcador» del tiempo recorría monótono en la esfera luminosa del pupitre.

— ¿Qué ocurrirá si no es posible llegar a un acuerdo con «ellas»? —preguntó la doctora.

—Yo creo que si les ofrecemos unas condiciones favorables, no pondrán el menor reparo en que compartamos su combustible —dijo Klaberg.

—Después de todo, tenemos nuestro derecho a explotar los nuevos descubrimientos y aplicarlos a nuestra técnica —replicó Marcus más belicoso.

—Pero piense, jefe Marcus —adujo Smyrna— que, según la teoría del doctor Klaberg, sólo hallaremos una de las bases para la obtención del combustible en Swoboda. Supóngase que se niegan a negociar con nosotros.

—Mire, doctora Smyrna —replicó el jefe Marcus—, ocúpese usted de sus investigaciones que, cuando llegue el momento de resolver este asunto, yo sabré lo que tengo que hacer.

La respuesta resultó del todo hiriente para la doctora. Morrill se dispuso a apaciguar los ánimos.

—Jefe Marcus, lo que la doctora quiere decir...

—Sé lo que quiere decir, piloto Morrill, y si ella desea evitar rencillas que puedan desencadenar una guerra, yo también. Pero por mi deber como jefe de la flota debo velar por la prosperidad de nuestro planeta y en todo momento salvaguardar sus intereses.

Smyrna pensó que no tenía razón, y posteriormente, al hablar a solas con Morrill, que se había sentado en el tablero unos momentos para hacer unas comprobaciones, murmuró:

—No son «ellos» los que pretenden arrebatarnos algo a nosotros, sino al revés.

—Bueno, cálmate. Ya conoces al jefe Marcus. La inactividad lo anquilosa.

—Temo que eso pueda acabar muy mal.

Marcus se acercó:

— ¿Qué diablos están murmurando?

—Estamos hablando de nuestras cosas, jefe Marcus. Supongo que no tendrá inconveniente.

La respuesta de ella fue tan cortante como lo había sido anteriormente la del propio jefe.

La tirantez entre ambos resultaba evidente.

—Recuerde que usted viene en calidad de observadora, doctora Smyrna —apuntó el jefe.

—No lo olvido —replicó ella dejando a Morrill para volver a ocupar su plaza en la sala de pasajeros.

Se recostó en el confortable asiento y sacó unos apuntes que se dispuso a estudiar.

Morrill guardó silencio. Por un lado le dolía que Smyrna no mereciera la consideración del jefe Marcus, pero este era su superior.

Pensó, sin embargo, que aquella mutua actitud podría acarrear algún problema en el futuro.

* * *

Llegaron a Swoboda en el tiempo previsto.

Antes de tomar tierra, pidieron instrucciones a la torre de control. La respuesta fue inesperada.

«Aléjense. Peligro contaminación. Radiactividad.»

Las señales se repitieron, y como siempre, aquellos extraños signos en la pantalla fueron de perfecta comprensión para todos.

— ¡No quieren recibirnos! —exclamó el jefe Marcus.

—Quizá no sea esto. Creo que será mejor que nos pongamos los trajes...

— ¿Para qué? —arguyó Marcus.

Morrill se dirigió hacia el compartimiento de los útiles propios de vuelo.

——Morrill. Debo recordarle que aquí soy yo quien da las órdenes —advirtió el jefe.

—Escuche, jefe Marcus. Puede estar sucediendo lo mismo que la vez anterior. Corremos peligro, si no nos protegemos contra radioactividad.

—El aeromóvil está aislado —recordó Marcus.

—Puede que no sea suficiente. La torre de control también estaba aislada y sin embargo, funcionó un sistema de seguridad.

—Está bien —admitió de mala gana Marcus—. Pero, en principio, me parece absurdo todo esto. Sólo hay una forma de protegernos si nos atacan —y tomó el arma de uno de los hombres, añadiendo—: Nuestra misión es de paz. Queremos negociar con ellos, pero si se resisten...

Morrill había ido por los trajes. Rápidamente se enfundaron aquellas prendas del todo aislantes, mientras en la pantalla seguían apareciendo los signos que les alertaban del peligro.

— ¡Vean esto! —indicó Morrill.

Se asomaron por el amplio visor frontal del aeromóvil y pudieron ver cómo el perenne tono azulado se convertía en violáceo.

— ¡Es aquel extraño objeto! —exclamó Morrill.

En efecto. La «cosa» redonda, del tamaño de una pelota de tenis surgió muy cerca del vehículo.

— ¡Qué extraña luz! —exclamó Klaberg.

Smyrna miró atentamente el objeto provista de unos lentes antideslumbrantes.

—Es curioso —murmuró.

— ¿Ves algo de particular? —inquirió Morrill.

Marcus se colocó también una de las lentes especiales.

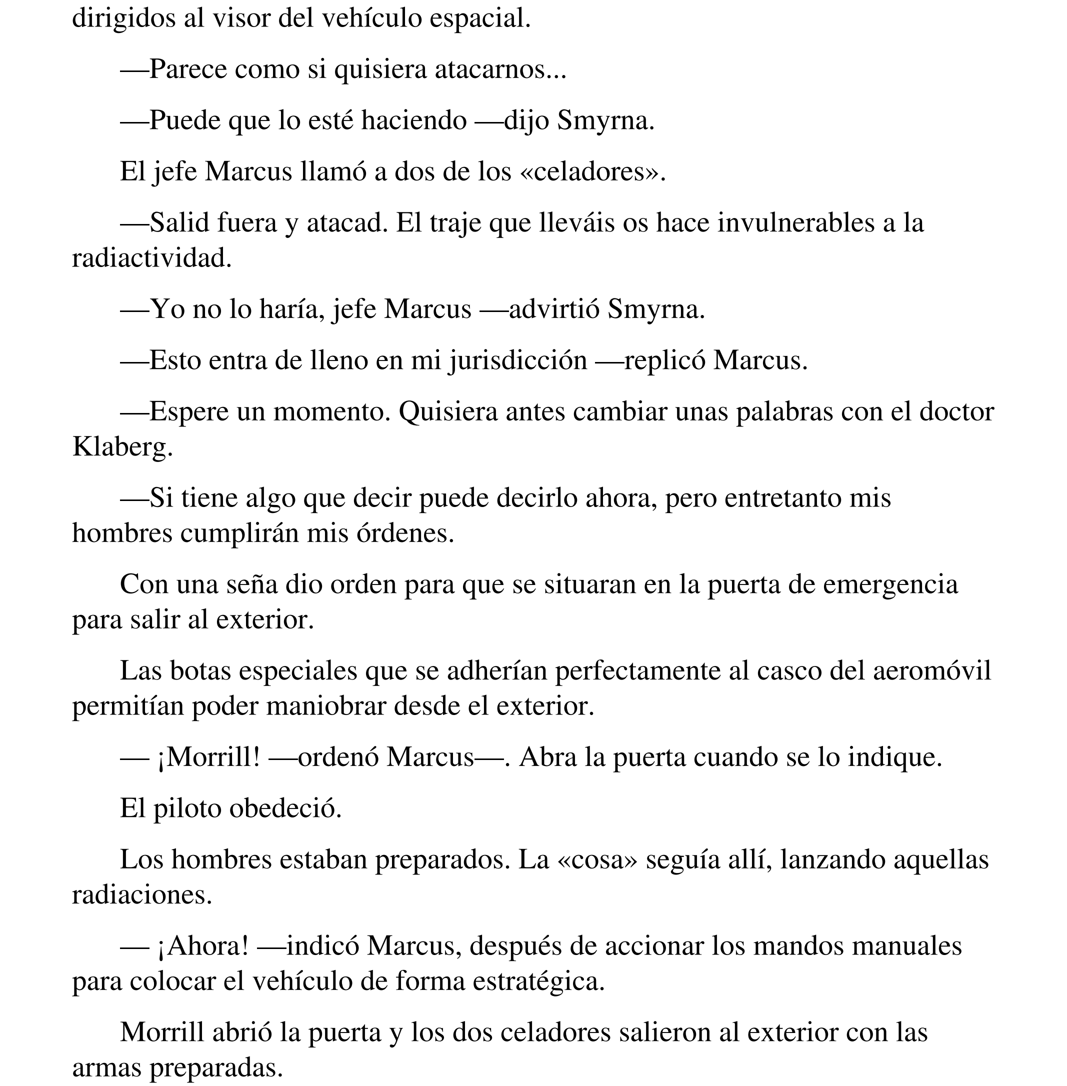
—Yo no veo nada, pero parece imposible que esa cosa... — no concluyó la frase.

Smyrna era quien miraba con mayor interés la bola que suspendida en el aire parecía seguir la trayectoria del aeromóvil.

—Antes de salir cuando te hablé de ello dijiste que pensabas en algo determinado —murmuró quedamente Morrill.

— ¡Oh! Sería demasiado horrible, Morrill. Demasiado horrible...

Se hizo un profundo silencio. La bola lanzó unos fugaces destellos



dirigidos al visor del vehículo espacial.

—Parece como si quisiera atacarnos...

—Puede que lo esté haciendo —dijo Smyrna.

El jefe Marcus llamó a dos de los «celadores».

—Salid fuera y atacad. El traje que lleváis os hace invulnerables a la radiactividad.

—Yo no lo haría, jefe Marcus —advirtió Smyrna.

—Esto entra de lleno en mi jurisdicción —replicó Marcus.

—Espere un momento. Quisiera antes cambiar unas palabras con el doctor Klaberg.

—Si tiene algo que decir puede decirlo ahora, pero entretanto mis hombres cumplirán mis órdenes.

Con una seña dio orden para que se situaran en la puerta de emergencia para salir al exterior.

Las botas especiales que se adherían perfectamente al casco del aeromóvil permitían poder maniobrar desde el exterior.

— ¡Morrill! —ordenó Marcus—. Abra la puerta cuando se lo indique.

El piloto obedeció.

Los hombres estaban preparados. La «cosa» seguía allí, lanzando aquellas radiaciones.

— ¡Ahora! —indicó Marcus, después de accionar los mandos manuales para colocar el vehículo de forma estratégica.

Morrill abrió la puerta y los dos celadores salieron al exterior con las armas preparadas.

Marcus acercó el aeromóvil a la «bola» que seguía flotando en el espacio, suspendida, inmóvil.

Los dos celadores apuntaron sus armas de grueso cañón y accionaron el gatillo.

Un chorro centelleante, luminoso, salió de cada uno de los extraños rifles en dirección a la «bola».

Un ascua de luz amarillenta envolvió a la «cosa» y por unos instantes pareció arder.

De repente, volvió a sobresalir su brillo violeta con todo esplendor y salió disparada hacia los atacantes.

Como una auténtica pelota de tenis impulsada por una mano hábil se

estrelló contra el casco protector de uno de los celadores.

Lanzó un grito horrendo y, en breves instantes, desapareció tras una breve, pero enorme llamarada.

Inmediatamente, y mientras el segundo celador contemplaba horrorizado la escena, la «cosa» chocó contra él.

Desapareció con la mirada de horror pintada en el rostro.

Dentro del vehículo y a través de la pantalla los ocho ocupantes observaban la escena llenos de horror.

—Es lo que yo suponía... Es lo que yo suponía —repetía Smyrna.

—Creo que yo también lo comprendo —corroboró en actitud grave el doctor Klaberg.

CAPÍTULO VI

—Pueden tomar tierra —anunció la pantalla una vez pasado el peligro.

La «cosa» había desaparecido. El tono azulado del planeta cobró de nuevo su opaca intensidad.

El aeromóvil descendió, posándose sobre el círculo luminoso que poco antes se había encendido.

Cuando quedó inmóvil sobre el suelo de caucho, Marcus requirió atención.

—Bien. Ahora puede hablar con toda claridad, doctora Smyrna. Díganos cuál es esa sospecha suya que por lo visto comparte también el doctor Klaberg.

—Hable usted —pidió ella, mirando a su colega. Klaberg carraspeó.

—Bien. No quisiera alarmarles, pero...

—Sin rodeos, doctor —espetó el jefe Marcus.

—Creo que nos hallamos ante un caso insólito, señores. Esa masa pequeña y compacta que desprende tan potente radiactividad es... ¿Cómo lo diría? Algo propulsado a voluntad.

—Quiere decir que... ¿Qué algún planeta la autodirige para sembrar el terror?

La pregunta del jefe Marcus obtuvo una rápida negativa.

—No. No es eso. La «cosa» se dirige a sí misma.

— ¿Quiere insinuar que tiene vida propia? —preguntó Marcus incrédulo.

—Exactamente —fue la escueta respuesta de Klaberg.

—Explíquese.

—De entre el billón de células de que está formado nuestro cuerpo, algunas son auténticamente independientes. Microorganismos que pueden llegar a alcanzar vida propia, en circunstancias favorables.

—Pero esto que está diciendo... — empezó Marcus.

—Parece una utopía, sí... Pero puede demostrarse. Un microorganismo vive si en su medio ambiente tiene forma de vida. Calcule usted, Marcus, lo que sucede a cualquier «forma humana» víctima de la desintegración. El individuo desaparece, pero es posible que algunas de sus células consigan sobrevivir. Imagínese ahora que por un proceso que escapa a nuestra

inteligencia esos microorganismos se agrupen y lleguen a formar esa masa violácea que antes hemos visto.

— ¿Una masa radiactiva formada por células humanas? —recitó Marcus como si sopesara la posibilidad.

—Puede ser, Marcus.

—No, no... Me inclino por cualquier otra cosa...

—Desgraciadamente no tenemos pruebas, pero, al admitirlo como probable, no hago más que basarme en los estudios que sobre el particular hemos realizado Smyrna y yo.

— ¿Y esas células se autocontrolan? —inquirió Morrill.

— ¡Naturalmente! —exclamó Klaberg.

Intervino Smyrna.

—Nos cuesta entenderlo porque para nosotros la única forma humana que conocemos es la nuestra. Cualquier ser viviente que sea distinto a los que estamos acostumbrados a ver nos parece monstruoso, pero hay otras formas de vida que desconocemos aún, y algunas células, como ha dicho el doctor Klaberg, son también una forma de vida.

—Infinitesimal —recordó Marcus.

—Pero una «cosa» como la que hemos visto —puntualizó Smyrna— es una masa compacta formada por millones y millones y con una potencia fuera de toda comparación porque disponen de un arma terrible: la radiactividad.

Marcus se rascó la cabeza meditativo:

— ¿Y de dónde creen que pueden haber salido esas... moléculas?

—Pueden ser el resultado de una guerra. Sí. Es posible que hayan estado vagando por el espacio hasta encentrar un sitio donde sustentarse y luego empezar a agruparse.

—Debe existir algún medio para eliminarlas —espetó Marcus —. Son un peligro para todo el cosmos.

—Ya ha visto cuán impotentes resultan los ataques que se les dirijan. Dos de sus hombres han muerto —recordó Smyrna.

Klaberg sacudió la cabeza apoyando a su colega:

—Creo sinceramente que no existe ningún arma eficaz para combatirles.

—Quizá esto explicaría la ausencia de seres vivos en este planeta —dijo Morrill interviniendo en la cuestión.

—Saldremos de dudas pronto —replicó Marcus—. Vámonos. Iremos todos juntos. Existirá algún centro de recepción. Lo buscaremos.

* * *

Igual a como la vio la vez anterior Morrill, la ciudad estaba en plena actividad.

Las máquinas de la zona comercial que podían verse detrás de las paredes transparentes rendían a tope, sin embargo, las calles se hallaban desiertas.

La oficina que buscaba Marcus estaba en una esquina.

Era el departamento de recepción e información para extranjeros.

Marcus dispuso que el doctor Klaberg y Morrill entraran con él. En el grupo se unió también Smyrna, mientras el resto —los celadores— se quedaban fuera sin demasiado entusiasmo.

Aquella soledad era sumamente intranquilizante; luego la extraña luz, mortecina, azulada.

Todo tenía un extraño sentido de irrealidad.

La oficina limpia y bien montada, carecía de cosas superfinas. Todo muy funcional y estéticamente perfecto.

Tras el vestíbulo se llegaba a un salón que presidía un gran cerebro electrónico, con diferentes pantallas o memorizadores que se hallaban en pleno funcionamiento.

Cálculos, respuestas, indicaciones sobre la previsión atmosférica y unos signos que Klaberg descifró como determinantes de una fecha.

—Observen, los repite con frecuencia.

— ¿Y qué puede significar? —preguntó Marcus.

—Algún importante acontecimiento —replicó Klaberg.

—Bien. Interesa que nos diga a quien debemos dirigimos para negociar con los dirigentes y para hablar sobre ese extraño fenómeno radiactivo.

Klaberg manipuló algunos de los mandos con sumo placer.

—Es una de las cosas más perfectas que se ha podido concebir. Tardaremos años en Featon II en tener una maravilla como esta.

Y el doctor formuló la pregunta.

Inmediatamente en una de las pantallas memorizadoras apareció la respuesta.

—*Expliquen el motivo de su visita y la clase de negociaciones.*

—Ya lo ha visto, Marcus.

— ¡Esto es absurdo! No es con una máquina con lo que deseo tratar.

—Pues me temo que tendrá que hacerlo.

A Morrill se le ocurrió una idea.

—Oye, Smyrna. Un cerebro electrónico es algo perfecto que por lo tanto no puede mentir.

—En teoría, no —replicó ella.

—Entonces, quizá la pregunta adecuada sería que nos dijera dónde están los habitantes de este planeta.

Klaberg formuló la pregunta. La respuesta fue de nuevo inmediata.

—No hay habitantes —musitó Marcus leyendo los signos de la pantalla con estupor.

— *¡No hay habitantes!* —repitió en una exclamación—. Esto es absurdo. ¿Quién se aprovecha de la fabricación? ¿Por qué todo funciona a pleno rendimiento si nadie consigue un beneficio práctico?

— ¿Desde cuándo no hay habitantes? —preguntó Klaberg al cerebro electrónico.

Y de nuevo la respuesta indicando la fecha que repetía constantemente una de las pantallas.

—Que le diga qué pasó en esa fecha —siguió Morrill.

Los signos de la respuesta querían indicar poco más o menos una palabra que todos conocían bien.

—*Catástrofe.*

—Una guerra o algo por el estilo —declaró Smyrna.

—Veremos —murmuró Klaberg lanzando la pregunta de un modo concreto.

Aquella vez no obtuvo respuesta.

—El cerebro lo ignora.

—Bien. Lo que sabemos es suficiente para explorar sin tenerle que pedir permiso a nadie —argumentó el jefe Marcus—. En una ciudad regida por máquinas no se lesionan los intereses de nadie... Es como realizar un descubrimiento, una conquista. Somos los primeros en pisar este planeta, tal vez en mucho tiempo...

El cerebro había captado las palabras del jefe Marcus y se apresuró a contestar.

—*Los extranjeros tienen que pedir permiso para explorar o llevarse algo*

del patrimonio de Swoboda.

— ¡Esto es absurdo! Vámonos de aquí —ordenó Marcus.

Salieron a la calle. El absoluto silencio contrastaba con la actividad de las distintas oficinas.

—Nos hemos olvidado de formularle una pregunta, doctor —manifestó ya en la calle el jefe Marcus.

A la muda interrogación de Klaberg, Marcus explicó:

—Consiga la fórmula completa para el Dimantino. Recuerde que un cerebro electrónico no puede mentir.

Klaberg obedeció. Sin embargo, la respuesta del cerebro fue tajante:

—*No puedo facilitar secretos a los extranjeros.*

Y cuando poco después volvió con la respuesta,

Marcus soltó una maldición,

— ¿Se dan cuenta? Hasta una máquina se cree con derecho a desafiar a seres humanos. Vámonos, no perdamos más tiempo. Hay un modo de averiguar la verdad.

* * *

La manufactura de carburantes líquidos y sólidos era otra muestra del orden con que las máquinas regían los destinos de la fábrica.

Un rígido control automático mantenía el rendimiento pleno de la factoría.

Klaberg estaba maravillado.

—Los que crearon esto pueden sentirse orgullosos.

—Aquí obtendrá usted su fórmula, doctor —sonrió Marcus—; podrá fabricar Dimantino para nosotros, y los aeromóviles idóneos para usarla.

Como en todas las industrias y centros comerciales, había un cerebro electrónico encargado de la dirección general.

Se dirigían a la sala de mandos cuando, a través de las paredes transparentes, Smyrna divisó algo en la calle.

—Fíjense en esto.

Dos vehículos blindados de formas aerodinámicas se detuvieron frente a la entrada.

Inmediatamente, en las paredes de los extraños tanques aparecieron unos

agujeros y de cada uno de ellos emergió un pequeño cañón.

—Parece como si intentaran atacarnos —dijo Morrill.

Uno de los celadores que estaba fuera entró para hablar con el jefe Marcus.

—Están rodeando el edificio.

— ¡Es por nosotros! —exclamó Smyrna.

— ¡No pueden saber lo que pretendemos! —replicó Marcus.

—Sí pueden —rectificó ella.

Marcus se volvió hacia Klaberg para preguntar:

—Para ello haría falta que los cerebros se comunicaran entre sí, y esto es imposible.

Klaberg vaciló:

—No sé. Ya le dije que estas máquinas eran lo más perfecto conocido hasta hoy. Desconozco totalmente su sistema.

— ¡Vaya a averiguar las fórmulas! —ordenó Marcus y dirigiéndose al celador añadió—: Ustedes tomen posiciones. Si atacan, contesten.

—Creo que estamos cometiendo una locura —observó Smyrna.

Marcus ni siquiera se tomó la molestia de contestar. Le fastidiaba la intromisión de la mujer y él no se dejaba arredrar por nada.

Klaberg se dirigió hacia la sala de control.

—Vaya con él — dijo Marcus a Morrill.

El piloto, con el fusil de grueso cañón dispuesto, se apresuró a proteger al doctor.

Poco después se hallaban ante el cerebro electrónico en una de cuyas pantallas tenía escrito un mensaje con los signos acostumbrados.

— ¡Es asombroso! —exclamó Klaberg.

—No hay duda de que se comunican entre sí —admitió Morrill, y volvió a leer aquellos signos, cuyo significado no daba lugar a dudas.

«No conseguirán ninguna fórmula.»

Y para reforzar aquella advertencia surgieron otros signos:

«Váyanse, cuando todavía están a tiempo.»

Klaberg acompañado de Morrill regresó junto al jefe Marcus:

—Es inútil. Todo lo tienen controlado.

— ¡Esto es absurdo! —tronó Marcus—. Sólo son máquinas.

—Demasiado perfectas para luchar con ellas —adujo Smyrna.

—No hay ninguna máquina superior a la inteligencia del «hombre» —puntualizó Marcus—. Quién las crea puede destruirlas. Y es lo que vamos a hacer empezando por los blindados.

Marcus ordenó a los hombres que abrieran fuego contra los tanques aerodinámicos. Sin embargo, los chorros fumigadores que salían de los anchos cañones de las armas de los de Featon, no consiguieron perforar la plancha metálica de los tanques, cuyos cañones comenzaron a disparar.

Bolas de fuego intenso surgieron de forma teledirigida hacia cada uno de los hombres del jefe Marcus.

Cuatro de aquellas bolas alcanzaron sus objetivos.

Cuatro disparos, cuatro blancos.

— ¡Es asombroso! Con tales armas de nada sirve parapetarse —exclamó el doctor.

Los cuatro hombres habían caído envueltos en llamas. En breves instantes sus cuerpos quedaron convertidos en insignificantes cenizas.

Marcus tragó saliva. Aquello era superior a lo que sin duda podía imaginar.

—Sólo quedan dos hombres, jefe Marcus —advirtió Morrill—. Creo que será mejor desistir.

La doctora abundó en el mismo criterio.

—Morrill tiene razón. Esto parece un aviso. Han querido indicarnos que su poder es muy superior al muestro.

— ¡Máquinas! ¡Sólo máquinas! —exclamó Marcus rabioso.

—Debemos aceptar su superioridad, Marcus —dijo Klaberg—. Hemos perdido a cuatro hombres. Vea lo que queda de ellos —y señaló el lugar en la esquina donde habían pretendido refugiarse quienes fueron celadores a las órdenes de Marcus.

Era el momento de tomar una decisión. Los cañones seguían allí, asomando de los agujeros de los blindados. Parecía como si esperaran órdenes. Unas órdenes inaudibles, pero terriblemente eficaces.

Ahí estaban las pruebas: aquellas montoncitos de cenizas humanas.

Marcus se pasó una mano por la frente. Estaba pensando. No quería darse por vencido ni asimilar su derrota.

Klaberg tuvo una idea.

—Déjeme ver. Tal vez el cerebro de la fábrica tenga algo que decimos —y se metió de nuevo dentro del edificio.

En efecto, Klaberg pudo comprobar que los signos de una de las pantallas memorizadoras informaba:

«Les hemos hecho una demostración de nuestro poder. No sean insensatos y váyanse.»

Morrill y Smyrna habían entrado también tras el doctor. Vieron perfectamente les signos.

—Es lo que yo decía —murmuró Klaberg—, espero que Marcus lo comprenda.

Smyrna intervino.

—Doctor. Creo que todo empieza a estar bastante claro.

— ¿Te refieres a lo que has dicho antes? —inquirió Morrill.

Ella asintió.

—Si, Morrill. La cosa en forma de pelota que vimos antes ya no cabe duda de que es un conglomerado de células. Células humanas...

—Posiblemente, pertenecen a los antiguos habitantes de este planeta —musitó Klaberg.

—Eso es lo que yo pienso —adujo la joven científica—. Intentaban regresar. «Saben» que todo esto les pertenece, pero las máquinas se protegen de sus propios dueños.

Morrill comprendió también.

—Es fantástico. Ellos crearon las máquinas y ahora se autocontrolan y se defienden de sus propios creadores.

—Es natural. Las células están impregnadas de radiactividad.

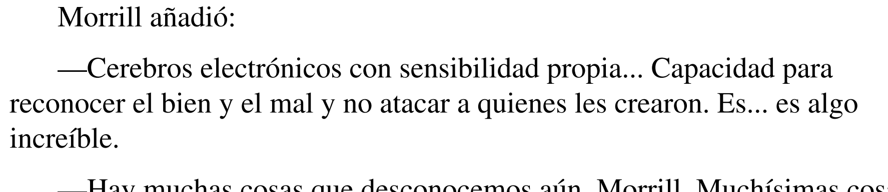
— ¿Y cómo no contaminan la atmósfera? —preguntó Morrill.

—Deben tener algún sistema de purificación del aire que absorbe todo conato de contaminación una vez han desaparecido las células. El peligro solo existe cuando se acercan.

—Sin embargo —atajó Klaberg—, observen que a pesar de los sistemas, de ataque que poseen sólo los utilizan para defenderse. Me refiero a las máquinas. Morrill dijo cuando la «cosa» aparecía, funcionaba automáticamente un sistema de paredes de seguridad, lo que indica que se limitan únicamente a protegerse...

— ¡Doctor! —exclamó Morrill—. Eso significaría tanto como admitir que las máquinas «reconocen» a sus creadores.

Klaberg y Smyrna cambiaron una mirada.



Morrill añadió:

—Cerebros electrónicos con sensibilidad propia... Capacidad para reconocer el bien y el mal y no atacar a quienes les crearon. Es... es algo increíble.

—Hay muchas cosas que desconocemos aún, Morrill. Muchísimas cosas... ¡Me gustaría quedarme aquí y poder estudiarlas!

—Temo que esto va a ser imposible —replicó Klaberg.

—Si hubiera algún medio de hacerles comprender... de decir a esos cerebros que no venimos en plan de invasores...—adujo Morrill.

Una voz surgió de su espalda. Era la del jefe Marcus.

—Se está volviendo sentimental, Morrill —espetó—. Lo de hoy ha ocurrido porque no estábamos prevenidos. Desconocíamos sus sistemas. En adelante será distinto.

—Pero... ¿piensa realmente atacar el planeta? —aventuró Smyrna.

—Destruiré esto si es necesario, pero conseguiremos las fórmulas — aseguró Marcus con su indomable orgullo.

CAPÍTULO VII

Evidentemente, ni Klaberg ni Smyrna estaban de acuerdo con los propósitos de Marcus.

Morrill estaba con ellos aunque por obligación tuviera que obedecer las órdenes de Marcus.

Este había tenido una idea.

— ¿Ha observado el sistema de cristales que poseen los edificios? —inquirió, dirigiéndose a Morrill, una vez los seis supervivientes habían ocupado el aeromóvil.

—Sí...

—Bien. Se habrá dado cuenta de que utilizan otros materiales para producirlos.

—Eso parece...

—Materiales que resisten la radiactividad.

—Es evidente.

—Evidente e indudable que esos mismos materiales son invulnerables ante sus propias armas.

Morrill tuvo que asentir.

—Entonces —sonrió Marcus triunfante—, sólo tenemos que tomar cualquiera de sus edificios. Accionar las palancas que ocultan las paredes dobles, para mayor seguridad y esperar.

— ¿Esperar a qué? —inquirió Morrill.

—Llevamos a dos eminencias con nosotros. No se le olvide, Morrill. Los doctores Klaberg y Smyrna. Ellos encontrarán el sistema para averiguar las claves y las fórmulas que necesitamos.

Klaberg intervino para sugerir:

—Mire, Marcus. Esas máquinas deben tener alguna razón para no querer revelar su secreto.

Marcus se revolvió.

—Pero usted puede conseguirlo, Klaberg. Es nuestra eminencia más preclara.

—Puedo pedir...

Marcus soltó una carcajada.

— ¿Pedir? ¿Rogar a una máquina? A veces creo, doctor, que su inteligencia no es tan preclara como se presume...

Klaberg le miró un instante y volvió a su sitio al lado de Smyrna, murmurando algo que no llegó a oídos de Marcus.

—Con todos los respetos, jefe Marcus. Creo que no debió decir esto al doctor.

— ¿Qué le pasa, Morrill? ¿Acaso usted también está de su parte? Ya le dije antes que se estaba volviendo blando. Demasiado blando. Y los blandos no tienen sitio en nuestra Galaxia.

—Puedo presentar mi dimisión, jefe.

—No. No puede —replicó enérgico Marcus.

—Yo no soy blando. Pero antes de tomar una decisión me gusta escuchar las opiniones de quienes en materia científica saben más que yo. Como el doctor Klaberg.

— ¿Y considera que esa fémina también sabe más que usted, Morrill? —sonrió despectivo el jefe.

—Ella conoce a fondo lo suyo. Yo entiendo en lo que he dedicado mi vida, jefe Marcus. Cada uno desarrollamos una misión distinta.

—La suya, además de piloto de la flota bélica, es recibir y acatar las órdenes que se le den. Y no puede renunciar mientras se encuentre de servicio, Morrill. No se le olvide.

—Está bien, jefe Marcus. ¿Cuáles son sus órdenes?—inquirió el piloto de mala gana.

—Vamos a salir todos de aquí —replicó lentamente su jefe—. Utilizaremos las bases-soporte... Así es que salga lentamente del campo y busque un lugar apropiado encima de cualquier edificio. Pósese sobre él con ayuda de las «bases» y luego yo decidiré... Desde luego, buscaremos un edificio comercial que disponga de cerebro automático.

—Todos tienen cerebro automático.

—Mejor —sonrió Marcus, y añadió—: ¡Vamos! Ponga el aeromóvil en marcha.

Tras una pausa, Morrill obedeció.

Pero entonces...

Como si los pensamientos de Marcus hubiesen sido detectados, aparecieron cuatro blindados automáticos.

Ninguno de los ocupantes del aeromóvil advirtieron su presencia hasta que Morrill puso en funcionamiento el mecanismo de «elevación».

— ¿Qué es esto? —inquirió uno de los dos celadores que había sobrevivido al ataque anterior.

— ¡Los blindados otra vez! —exclamó el otro.

— ¿Qué hacemos, jefe? —preguntó Morrill.

—Seguir el plan —replicó autoritario Marcus.

Los cuatro tanques se colocaron de forma que prácticamente rodeaban el vehículo espacial de Featon.

—Parecen dispuestos a atacar —murmuró Morrill.

Y como dándole la razón en la pantalla del control del aeromóvil aparecieron unos signos.

«No intenten volver.»

El asombro fue general.

Para Marcus aquello era un claro desafío.

—Han interpretado sus pensamientos.

—Tenía usted el contacto abierto. Nos han oído desde la torre de control —espetó Marcus.

— ¿Quién nos ha oído, jefe? —inquirió irónicamente Morrill—. Recuerde que aquí... Sólo hay máquinas.

CAPÍTULO VIII

La señal de alarma surgió en aquel mismo instante. Eran los signos que Morrill había visto otras veces y que los supervivientes del aeromóvil conocían también.

«Peligro de radiactividad.»

—Otra vez esa «cosa» redonda —exclamó uno de los celadores.

Morrill, Sin esperar órdenes, se elevó, mientras sobre la tierra recauchutada los tanques blindados se retiraban.

Cuando hubieron alcanzado cierta altura, Marcus ordenó detener el vehículo.

—Suspéndalo, Morrill. Quiero ver bien esa extraña pelota.

Smyrna y Klaberg se acercaron al cristal visor, porque también sentían un gran interés, aunque el suyo fuera puramente científico.

Durante unos instantes reinó el silencio más absoluto. Todos los reunidos contuvieron la respiración.

Morrill observó que, en la pantalla seguía la señal de peligro.

—Si esa gente quisiera hacemos algún daño no nos avisaría... Quiero decir que las máquinas no nos advertirían del peligro.

—Eso ya lo dijo antes —recordó Marcus, atento al visor.

Luego, se dirigió a Klaberg para añadir.

—Quedamos en que las máquinas no pueden mentir. Por tanto, no tienen el menor sentido del bien y del mal. Las fabricaron perfectas para advertir de los peligros en cuanto estos se produjeran y ellas cumplen fielmente su cometido. Esa es la explicación... Por eso no quieren dejar que ningún extraño copie las fórmulas, porque también fueron construidas bajo este principio. No hay nada extraño en su comportamiento... Pero debe de existir un sistema para cambiar los mandos.

—Admitamos que exista, jefe Marcus —replicó Morrill tras un silencio —. No olvidemos que para intentar cambiar esos mandos hay que vencer la resistencia de los tanques.

—Exacto, Morrill. Usted lo ha dicho. Y este es mi cometido. Transmita, Morrill. Transmita mi orden a todas las fuerzas de seguridad de Featon.

— ¿Que transmita...?

—Eso he dicho.

Morrill se apresuró a obedecer. Conectó la señal de larga distancia para que fuera recogida en su planeta.

Al cabo de unos instantes recibieron la débil respuesta.

—Apenas se oye —advirtió el piloto.

—Deme. Yo mismo cursaré las órdenes.

Y Marcus dictó en el tablero de mandos lo que deseaba transmitir.

—Atención todas las fuerzas de la base de Featon. Atención. Habla el Jefe Marcus. Orden a todas las cabezas de sección. Preparados para emprender vuelo rumbo a Swoboda, el llamado planeta azul.

Repitió la primera parte del mensaje, añadiendo seguidamente:

—Salgan equipados con todo el material de emergencia y las baterías R.B. 1000. Continuarán recibiendo instrucciones. La orden es de efectos inmediatos.

También repitió esa segunda parte y seguidamente cortó la conexión.

—Creo sinceramente, jefe Marcus —dijo Smyrna tras el silencio que había producido su tajante llamamiento— que está cometiendo un error.

—No he pedido su opinión, doctora Smyrna. Y si algo lamento es que esté usted con nosotros. No es sitio para una mujer. Pero ya que está con nosotros, tendré que rogarle que, a partir de este momento, deje de poner trabas e impedimentos a cuanto yo diga.

Morrill intervino.

—La doctora Smyrna pretende investigar. Quizá podría llegarse a una solución sin emplear la fuerza.

—Punto —gritó Marcus, queriendo indicar que ya no deseaba más discusiones sobre aquel asunto.

— ¡Miren! —exclamó Klaberg, que había observado cómo el tenue azulado característico del planeta iba tomando un tono violáceo.

— ¡Esta vez parece más intenso! —observó uno de los celadores.

—Sí —admitió Morrill.

La *cosa* apareció por los aires.

—Perece como si hubiese aumentado de tamaño —dijo un celador.

Smyrna asintió con la cabeza mientras Morrill la observaba dándole la razón. Ya no cabía la menor duda de que ella estaba en lo cierto al afirmar que *aquello* era una masa de partículas vivientes.

La *cosa* dio un par de vueltas sobre los edificios de la ciudad. Luego se detuvo en el aire para acercarse al aeromóvil.

— ¡Cuidado! —exclamó Klaberg al darse cuenta de la enorme velocidad que tomaba aquel pequeño cuerpo reluciente.

Morrill se aferró a los mandos.

—Procure esquivarlo —ordenó el jefe Marcus.

La orden no era necesaria, porque Morrill ya estaba dispuesto a virar en el momento oportuno.

Esperó al último instante, pero entonces...

La bola luminosa detuvo su marcha a escasa distancia del cristal visor. Mucho más cerca que la vez anterior.

Resultaba inútil poder mirarla de frente. Su luz cegadora obligaba a volverse.

Solamente con la ayuda de las gafas especiales era posible observarla.

—Una lente de aumento —pidió Smyrna.

Klaberg la complació sacando de su sucinto maletín lo que su colaboradora y colega había pedido.

Aplicó la lente doble a las gafas y observó de nuevo.

—Es curioso. Véalo doctor — y pasó las gafas a Klaberg, que también dio muestras de haber visto algo interesante.

— ¿Qué es? —quiso saber Marcus.

—Millones de seres microscópicos se mueven dentro de esa masa —explicó Klaberg—. El cristal de aumento no permite discernirlos con claridad. Pero son seres vivos. De eso no cabe la menor duda.

—Me estoy preguntando: ¿por qué no nos atacan? —murmuró Morrill.

—Es posible que no sean tan poderosos como creemos —masculló el jefe Marcus—. Debe de haber algún medio de vencerles. A todos. A esa maldita bola y a las máquinas. Y ellos saben que lo poseemos.

—Usted sólo piensa en destruir, Marcus —espetó la joven.

—Doctora Smyrna, le he dicho que...

—Por favor, Marcus — interrumpió Klaberg—, si esta vez las células no nos atacan permitan que la doctora y yo nos adentremos solos en la ciudad.

— ¿Para intentar convencer a las máquinas?

—Sí.

—No. Soy responsable de sus vidas.

—Le pedimos únicamente el tiempo que tarden en llegar las fuerzas que ha pedido —insistió Klaberg.

— ¿Y si le ocurre algo? Podemos necesitarle más adelante, doctor.

—Déjeme ir a mí —pidió Smyrna.

—Usted menos.

—Oiga, Marcus. Si yo muero quedará el doctor. Si vivo... puedo haber conseguido mucho y evitar una catástrofe.

—Podemos mandar un mensaje desde aquí —aventuró Morrill.

—Usted ocúpese del aeromóvil. Yo decidiré.

El piloto iba a replicar cuando de pronto la cosa pareció adquirir un tono más brillante.

Intuitivamente, Morrill accionó los mandos bajando rápidamente al mismo instante que la *cosa* lanzaba sus destellos mortales.

Se habían librado de milagro, pero las células volvieron al ataque.

Esta vez fue doble el microchorro de energía que lanzaron.

Nuevamente Morrill esquivó elevándose esta vez, mientras en derredor del vehículo surgían pequeñas columnas de humo.

Con los sentidos en tensión, Morrill se colocó frente a las células para poder observar mejor sus movimientos.

La pequeña masa arremetió lanzándose contra el visor del aeromóvil en el instante que Morrill se desviaba hacia un lado.

—Ahora nos atacan abiertamente —dijo Klaberg.

—Algo les ha hecho cambiar de actitud —murmuró Smyrna.

Marcus lanzó una maldición.

—Y no podemos hacer otra cosa que defendemos.

— ¡Exactamente! —corroboró Morrill, atento al nuevo ataque de aquella extraña *cosa*.

De repente, la masa de células desapareció en el aire. Morrill viró la nave.

—Nos atacará por detrás.

— ¡No! —gritó uno de los celadores, observando el visor trasero —. ¡Ha sido sólo un ardid!

En efecto, la bola había descendido exactamente por el mismo lugar y se disponía a atacar.

Morrill se lanzó hacia abajo, Seguido siempre por la masa de microorganismos.

— ¡Nos persigue! ¡Nos persigue! —volvió a gritar el celador.

Morrill, con su extraordinaria pericia, hacía que la nave marchara en zigzag.

En su ruta se dirigía hacia las cúpulas y azoteas de los edificios de Swoboda.

La bola seguía tras él.

—Necesitamos auxilio —transmitió.

— ¿Qué diablos está haciendo? —inquirió Marcus.

—No podremos mantener constantemente esta pugna, jefe —advirtió Morrill, observando por la pantalla retrovisora la carrera emprendida por la masa, que seguía persiguiendo al vehículo y lanzando sus mortales destellos.

—Necesitamos auxilio —transmitió de nuevo.

— ¿Cree que van a auxiliarnos?

—No lo sé. No soy vidente —replicó el piloto de mal talante, molesto ya con Marcus.

No se recibió respuesta alguna.

Morrill pasaba las cúpulas casi rozando. Con los potentes reflectores del aeromóvil enfocaba el panorama en busca de algún lugar.

Las células seguían detrás.

Los nervios de los seis pasajeros estaban en tensión.

¿Qué ocurriría si la bola les alcanzaba?

La respuesta estaba en la mente de todos:

¡Se desintegrarían!

De pronto el reflector central del aeromóvil enfocó un edificio aislado.

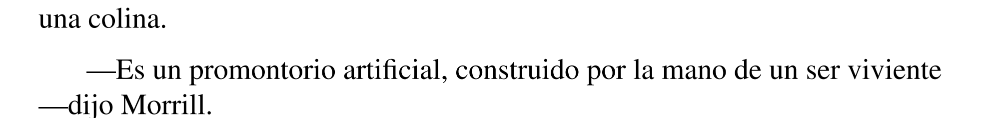
Morrill no lo había visto en el vuelo anterior. Siempre corriendo en zigzag intentó acercarse.

—Fíjense —advirtió al darse cuenta de las características de la construcción y del lugar donde estaba enclavada.

No era como las demás. La transparencia del material había sido suplida por algo semejante a lámina, completamente opaco.

—Parece estar sobre una colina —dijo Smyrna.

En efecto. La superficie estaba considerablemente elevada, pero no era



una colina.

—Es un promontorio artificial, construido por la mano de un ser viviente —dijo Morrill.

—Acérquese, si puede — ordenó Marcus.

Morrill accionó los mandos y ascendió bruscamente, variando el rumbo.

CAPITULO IX

Las bolas se acercaban por distintos puntos.

Morrill se dispuso a virar.

Esperó al último instante, y entonces...

Al elevarse produjo lo que había previsto.

Las bolas chocaron entre sí. Todo el aeromóvil vibró, víctima de una extraña onda expansiva.

Cuando Morrill miró por el visor para ver los resultados de aquel choque, sus ojos se agrandaron.

— ¡Se ha convertido en una sola masa!

—Más grande —advirtió un celador.

—Es natural, siendo células. Tienden a unirse —murmuró Smyrna—. Posiblemente hay muchas más, billones y billones, que recorren el espacio.

—Si llegaran a unirse —murmuró Morrill, y no terminó la frase, que estaba en la mente de todos.

Podían formar incluso un planeta, pequeño, pero terriblemente peligroso.

Morrill no tenía tiempo para entretenerse pensando. La bola triplicada en tamaño se disponía a lanzarse al ataque.

La masa de células pasó bajo ellos como una exhalación.

—Está dispuesta a destruimos —murmuró uno de los celadores.

El receptor de señales, entonces, empezó a captar una onda desconocida.

—Alguien intenta comunicarse con nosotros. Atiéndalo, doctor. Yo tengo que estar pendiente de las células —dijo el piloto.

Las células se habían detenido para atacar nuevamente el aeromóvil.

Era una persecución feroz.

Morrill, sin embargo, seguía dominando la situación.

Klaberg intentaba captar aquella señal.

—Es muy débil. Apenas se oye. Y transmite en un lenguaje extraño.

— ¿De dónde procederá? —intervino Smyrna.

—No sé... Da la sensación de que esté situada en algún lugar subterráneo.

— ¿Subterráneo? —inquirió Morrill.

La bola atacaba de nuevo con redoblada potencia de destellos. Morrill por enésima vez pudo burlarla, cuando de pronto...

Una nueva bola apareció a lo lejos y en la superficie de Swoboda se acentuó aquel extraño color violáceo.

—Miren —gritó Smyrna cuando apareció una tercera bola por el aire.

—Ahora va a ser muy difícil salir de aquí —dijo Morrill.

Y las bolas recién llegadas parecían dispuestas a secundar las intenciones atacantes de la otra.

La situación era desesperada.

Ahora sus destellos eran más potentes, y parecía haber adquirido un mayor empuje.

Klaberg varió la expresión de su rostro.

— ¡La señal! Proviene de alguien llamado Kalp.

Morrill, atento a la acometida de los microorganismos, estaba pendiente del ataque.

— ¿Quién es Kalp y dónde está? —preguntó Marcus.

—Un prisionero. Dice que está preso en el Bunker L.

— ¿Bunker L? —murmuró Morrill después de esquivar la bola.

—No consigo averiguar nada más. Habla un lenguaje remoto. Algo que ya no se usa.

—De todos modos, un prisionero es la persona menos indicada para ayudarnos —objetó Marcus.

— ¡Esperen! ¿Ha dicho un bunker?

Y la mirada de Morrill se posó en aquella extraña fortaleza situada sobre la colina —o altiplanicie— prefabricada.

Sin dudarlo, se dirigió hacia aquel lugar.

Llevaban los trajes aislantes desde la aparición de los signos de peligro, por lo que Morrill, con una repentina idea, dijo:

—Buscaré una entrada. Es el único medio de que disponemos para librarnos. Estén atentos. Usted, doctor, tome el transmisor portátil, quizá lo necesitemos.

— ¿Es que ha tomado el mando de la nave, Morrill? —preguntó el jefe Marcus.

—Si usted tiene algo mejor que sugerir...

—Está bien. Seguiremos su plan. Ustedes preparen las armas —esto último lo dijo dirigiéndose a los celadores.

Morrill dio la máxima velocidad al vehículo hasta que consiguió acercarse a la fortaleza.

Entonces vio que estaba rodeada por una especie de foso aparentemente vacío.

Viró de manera que pudiera ver si existía alguna abertura en la parte alta.

Los focos iluminaron una especie de plataforma metálica. Dos torretas del mismo material se erguían en los extremos de lo que parecía ser la fachada principal de aquella construcción completamente cuadrada.

—Doctor, pida instrucciones. Esto puede ser el bunker del prisionero. Quizás él pueda ayudamos.

Klaberg obedeció

Inmediatamente transmitió la petición de ayuda, dando la posición de la nave, que tenía que variar constantemente para evitar las embestidas de la masa de microorganismos.

Al fin, llegó la respuesta.

— ¡Podemos posarnos en la plataforma! Con fumigadores sencillos puede abatirse cualquiera de las dos puertas. Supongo que se refiere a las de los torreones —dijo Klaberg.

—Entonces, lo intentaremos.

Marcus asintió.

—Ustedes. Dispónganse a salir.

Los celadores se colocaron junto a la puerta.

Morrill tuvo que hacer todavía algunas piruetas para esquivar la triple bola unida que formaban las células.

— ¿Preparados? —preguntó.

—Sí —dijo Marcus.

Klaberg y Smyrna se situaron inmediatamente detrás de los dos celadores.

Morrill puso la mano en la palanca que accionaba la puerta de salida del vehículo espacial.

Se posó suavemente sobre la plataforma.

La masa viviente, después de evolucionar en el aire, se aprestaba a volver a la carga.

— ¡Ahora! No disponemos de mucho tiempo —dijo Morrill.

— ¡Abra! —exclamó Marcus.

Morrill pulsó la palanca.

— ¡A la torreta! —indicó Marcus a los celadores.

Saltaron estos y a continuación iba a hacerlo Klaberg, pero la masa avanzaba a gran velocidad.

— ¡No tendrán tiempo! —exclamó Smyrna.

Los celadores estaban ya cerca de la puerta y accionaban sus armas cuando la masa les atacó.

— ¡Cierre, Morrill, cierre! —ordenó frenético Marcus desde la puerta de la nave.

Obedeció el piloto, mientras los dos celadores caían fulminados sin haber conseguido su objetivo.

Morrill tuvo que despegar nuevamente para evitar el ataque de la bola.

— ¡He perdido a todos mis hombres! —exclamó desolado el jefe Marcus.

Y ellos también estaban muy próximos a perder la vida. A morir abrasados por las partículas radiactivas.

Morrill, antes de remontar el vuelo, había observado la estructura de la puerta.

—La próxima vez lo intentaré yo —declaró.

Pero la *próxima vez* era utópica, porque dos nuevas masas del tamaño inicial de la primera aparecieron por el aire.

Y todos habían podido comprobar que cuanto mayor era el tamaño de la masa, más velocidad imprimía en sus ataques...

Morrill jugó a la desesperada.

Posó nuevamente la nave sobre la plataforma y abrió la puerta.

Inmediatamente recogió su fusil y se dispuso a salir,

— ¿Dónde va? —exclamó Marcus.

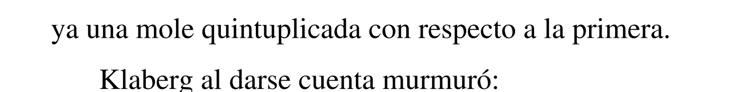
—Abriré esa puerta, Marcus. Tengo que hacerlo.

Saltó fuera.

Smyrna se llevó las manos al rostro.

—No podrá. No tendrá tiempo.

Las dos nuevas «bolas» como atraídas por la mayor, se unieron formando


ya una mole quintuplicada con respecto a la primera.

Klaberg al darse cuenta murmuró:

—La mayor atrae a las pequeñas.

En el exterior Morrill corría en dirección a la puerta metálica de una de las torretas.

Con el fusil preparado se disponía a fumigar.

Se volvió.

Ante la proximidad de la masa compacta y fluorescente, gritó:

—Cierren la puerta.

Marcus cuidó de los mandos del vehículo espacial.

Morrill encañonaba ya la puerta y pulsaba la palanca —gatillo— del fusil de grueso cañón.

El chorro de fuego taladró la entrada.

Entretanto la bola se acercaba.

Klaberg pedía instrucciones.

—Si consiguen entrar —captaba a través del receptor— accionen la palanca de seguridad para cerrar la torreta con la segunda compuerta.

La bola estaba llegando. Marcus cerró la puerta del vehículo.

—Alguien tiene que informar a Morrill de lo que debe hacer —gritó el doctor.

—Yo —replicó Smyrna, y sin esperar instrucciones, salió antes de que la puerta del aeromóvil se hubiese cerrado.

— ¡Está loca! Les alcanzarán a los dos.

Corrió la joven por la plataforma.

La puerta había cedido y Morrill, al volverse, se dio cuenta de que ella estaba en grave peligro.

Corrió para alcanzarla.

La bola estaba ya prácticamente a punto de «tocar» a los dos.

Morrill se lanzó en plancha empujando a Smyrna.

Los dos rodaron por el suelo.

La masa pasó como una exhalación sin alcanzarles.

— ¡Rápido! —exclamó él.

La ayudó a levantarse y ambos corrieron hacia la entrada.

—Hay una palanca para accionar una doble puerta...

— ¡Corramos!

Alcanzaron la entrada cuando la «masa» se dirigía a atacar la nave.

Ellos estaban a salvo.

Sin embargo, unos pasos comenzaron a resonar por alguna superficie metálica en el interior de aquel edificio.

Todo estaba sumido en las tinieblas. Era imposible ver nada. Y los pasos seguían resonando, como si hubiera una escalera.

¿Qué era?

En la oscuridad Morrill y Smyrna cambiaron una mirada.

Los pasos seguían.

«Top»... «top»... «top»...

— ¿Tienes el transmisor? —preguntó Morrill.

—No. Lo guarda Klaberg —replicó ella.

—Me gustaría comunicar con el prisionero.

Smyrna no demostraba miedo, a pesar de los pasos; sin embargo, el ruido lento y acompasado de aquellas pisadas se hacía cada vez más audible, y acabó por sujetarse al brazo de Morrill.

«Top»... «top»... «top»... — siguieron los pasos.

Sí. Era indudable que alguien subía.

Pronto estaría en el rellano donde los dos se encontraban.

CAPÍTULO X

Una luz fosforescente avanzó hacia ellos.

Entonces, Morrill se dio cuenta.

—Es un robot. Parece un robot corriente.

Sí. Aquellos pasos metálicos, lentos, pertenecían a una figura laminada, similar a ellas, de tamaño algo más pequeño y portador de dos ganzúas en el extremo de sus brazos.

Dos ojos luminosos cerraron su diafragma y enseguida soltaron un chorro de luz cegadora.

Instantáneamente piloto y doctora tuvieron que volver la mirada para no quedar deslumbrados a pesar del visor aislante de sus trajes.

— ¡Los lentes! —exclamó ella.

Se echó hacia atrás la escafandra y enseguida se colocó las gafas especiales.

Pudo resistir aquel haz de luz deslumbrante.

El robot, tras examinarlos, avanzó sus brazos hacia ellos.

En el centro de su carcasa metálica apareció una pantalla con unos signos que leídos formulaban una pregunta:

¿Qué han venido a hacer aquí?

—Hemos oído una voz —replicó Morrill.

Ahora podía verle de frente porque el Robot había amortiguado la potencia de sus «ojos» deslumbradores.

—*Aquí no hay nadie* —fue la respuesta jeroglífica de la forma metálica.

— ¿Esto no es un bunker? —preguntó Morrill.

—*Si. Más abajo.*

— ¿Y en el bunker no hay nadie?

—Le han aleccionado —adujo Smyrna, después de que el robot hubiese negado con su sistema de signos— o puede que nos hayamos equivocado, pero jamás lograremos pasar.

—Tenemos que intentarlo. Afuera en la nave está el doctor y Marcus...

—Necesitamos protección —dijo Morrill a la forma metálica.

No hubo respuesta.

—Sólo deseamos protegernos contra las células... ¿Sabes qué son las células?

Tampoco hubo respuesta.

Intervino Smyrna.

—Venimos en son de paz. No haremos nada que no esté permitido. Estamos en peligro.

— *¿Peligro?* —repitieron los signos en la pantalla frontal del robot.

—Sí.

— *¿En son de paz?* —inquirió la pantalla.

—Sí —aseguró ella.

El robot dio la vuelta.

Parecía una invitación a que le siguieran. Sus potentes focos iluminaban la escalinata que descendía por la torreta.

— ¡Espere! —exclamó Morrill—. Afuera hay otros dos amigos.

El robot siguió su descenso.

—No puede oírnos si no le hablamos de frente —murmuró ella.

—Abre la puerta, Smyrna. Si Klaberg y Marcus la ven comprenderán que pueden entrar. Ten cuidado. Yo seguiré a «eso».

Ella asintió.

Morrill siguió por la escalinata a la forma metálica hasta llegar a una amplia sala, cuyo suelo estaba construido del mismo material que los edificios del exterior.

El robot guio a Morrill a través de una galería cuadrangular hueca por el centro.

Sacando una lamparilla del bolsillo iluminó la parte baja.

Era bastante profunda.

Luego, mirando hacia arriba, pudo observar el techo metálico.

«Debe de ser la plataforma sobre la que hemos tomado contacto», pensó.

Siguió tras su silencioso guía, hasta llegar al fondo.

Junto a la sala que quedaba en el centro de lo que era un patio cerrado por el techo superior, arrancaba un pasadizo.

Morrill, al ver que el robot seguía avanzando, le adelantó:

—Espera.

El robot se detuvo.

—Tenemos que esperar a los otros —advirtió.

— *¿A los otros?*

—Sí. Somos cuatro. Y hemos sido atacados.

—No mintáis. Si no has dicho la verdad, no saldréis nunca de aquí —advirtieron los signos.

—Nosotros no hemos mentido. Venimos en son de paz.

En la pantalla aparecieron unos signos totalmente incomprensibles para Morrill, que preguntó:

— ¿De veras no hay ningún prisionero?

—No — fue la clara respuesta.

—Alguien nos ha guiado hasta aquí. Nos ha dicho que entráramos. No estarás mintiendo, ¿verdad?

—No.

—Es curioso...

Morrill no terminó de expresar su pensamiento.

No toleraban la mentira. El robot se fio de ellos cuando dijo que iban en son de paz; sin embargo, les advirtió que si no habían dicho la verdad jamás saldrían de allí. Pero... por otra parte, la voz del transmisor aseguró que dentro de aquella especie de fortaleza había un prisionero.

¿Quién mentía?

El robot, como objeto mecánico no podía mentir, pero la voz que escucharon...

Claro que el robot, como dijo Smyrna, podía estar aleccionado.

De cualquier modo, y momentáneamente, allí estarían a salvo.

¿O no?

* * *

Se habían reunido todos en una especie de compartimento sin asientos. Estaban aislados por completo bajo techo y entre paredes herméticas. El robot se había introducido en un hueco hecho a su medida y permanecía inmóvil, como si careciese de todo movimiento. Su luz fosforescente había

desaparecido y la estancia quedó alumbrada por una mortecina luz azulada que surgía de un hueco del techo.

— ¿Qué hay del prisionero? —inquirió Marcus.

Morrill explicó que el robot aseguraba que no existía tal prisionero.

—Bueno. De momento estamos a salvo y esta puede ser nuestra base de operaciones.

— ¡Un momento! —exclamó Smyrna —. Le hemos prometido que no haríamos nada que no estuviera permitido. Veníamos en son de paz.

—Mire, doctora, por última vez. Métase en sus asuntos —espetó Marcus fuera de sí.

—Espere, Jefe Marcus —intervino Morrill—. Yo también he dado mi palabra.

—Usted no puede hacer promesas sin el permiso de sus superiores.

—No soy un ser metálico, jefe Marcus. Nuestras vidas estaban en peligro. Esta fortaleza nos ha servido de refugio y no podemos pagar la hospitalidad quebrantando nuestro trato.

—Yo no he hecho tratos, y soy el único autorizado para hacerlos.

—Lo siento, jefe —replicó Morrill, cansado ya de la actitud de su superior—. Pero mientras estemos aquí no se hará nada que pueda poner en peligro nuestras vidas.

— ¿Se da cuenta de lo que está diciendo, Morrill?

—Sí, jefe Marcus.

—Su actitud es merecedora del más severo castigo.

—Me someteré al castigo... cuando salgamos de aquí.

—No voy a consentirle que... —Marcus se abalanzó sobre Morrill que retrocedió en plan defensivo.

—No, jefe Marcus, no me provoque. Si considera que mi situación es grave no la empeore usted obligándome a agredirle. Hago todo esto para salvar nuestras vidas.

—Su vida no vale nada, Morrill.

—Antes en el aeromóvil sí valía, ¿verdad? —espetó Smyrna resoluta—. Y cuando desafió el peligro para abrirnos la puerta a todos, también valía. ¿Dónde estaba usted entonces, jefe Marcus? ¿Dónde estaba su valor?

— ¿Cómo se atreve? —palideció Marcus. Estaba lívido. Sus ojos clavados en la faz de la doctora. Sus pupilas relucientes.

—Lo siento, jefe Marcus. Ha venido hostigándome todo el viaje. Se ha mostrado agresivo, sabiendo que nuestras fuerzas son inferiores a las que poseen los seres o las máquinas que rigen el planeta Swoboda, sin medir las consecuencias ni las represalias que, como consecuencia, puedan tomar.

— ¿Olvida con quién está hablando? ¿Olvidan todos quién soy yo?

—La autoridad suprema en asuntos bélicos y disciplina —murmuró Morrill—. Pero usted también ignora que se nos prometió libertad y, haciendo uso de esa libertad, tenemos derecho a expresar nuestras opiniones y hacer valer nuestras promesas. Ahora no es el momento más oportuno para hablar de guerra. Suficiente es que vivamos y podamos salir alguna vez de este refugio.

Una explosión perfectamente audible cortó la disputa.

A través de la pantalla frontal del robot, de nuevo en funcionamiento, pero inmóvil, pudieron ver pulverizada la nave que habían utilizado para hacer el viaje.

La masa compacta de moléculas había arremetido contra ella y no quedaban sino las cenizas.

CAPÍTULO XI

—Por favor —pidió Morrill al robot—. Debe de haber algún medio de salir de aquí.

— *¿Queréis marchar?* —preguntó la pantalla.

—Pasear un poco. ¿Puede ser?

—*Aquí estáis bien.*

—Sí, pero... nos gustaría dar una vuelta por aquí... ¿Todo es igual en el interior de este edificio?

Posiblemente el robot no sabía exactamente el significado de la pregunta y no registró ninguna respuesta.

—Si nos abrieras la puerta... —murmuró Morrill. No había puerta alguna en el sentido estricto de la palabra. Todo estaba compuesto de planchas metálicas. Opacas. Sólo el robot accionando a voluntad sus mandos interiores podía franquear las entradas invisibles a los ojos.

—*Saldréis cuando haya pasado el peligro* —fue la respuesta.

— ¿Y cómo lo sabremos?

Tampoco hubo respuesta.

Morrill se dirigió a Klaberg.

—Doctor. Intente ponerse en contacto con la persona que nos guio hasta aquí.

—Sí.

— ¿Por qué no utiliza su fusil, Morrill? —espetó Marcus—. Aniquile a ese ser metálico. Eso debe hacer.

— ¿Qué pasaría si lo hiciera, doctor? —inquirió Morrill de mala gana.

—Los mandos que controlan las puertas podrían quedar obstruidos o podrían funcionar. Eso depende de su construcción.

—Mientras tengamos las armas nos abriremos paso —replicó Marcus.

— ¿Y si disponen de otros sistemas de defensa? —inquirió Morrill.

—Está bien, piloto. Si no lo hace usted, lo haré yo.

Y Marcus sacó su arma de grueso cañón, dispuesto a llevar a la práctica su bélico plan.

— ¡No! —exclamó Smyrna.

Iba a disparar. Morrill no tuvo más remedio que emplear la violencia contra su superior.

Le apartó de un empujón.

— ¡No se atreva a tocarme!

Morrill, sin hacerle caso y viendo que toda otra actitud iba a ser imposible de que diera sus frutos, arremetió contra Marcus utilizando el arma como estaca.

El golpe contundente y preciso puso fuera de combate al jefe que cayó de bruces.

Ya no podía molestar.

El doctor Klaberg puso en marcha el transmisor que obtuvo de inmediato una respuesta mucho más clara y precisa.

—Si están ustedes en la fortaleza, intenten sacarme de aquí. Sean quienes sean, pueden ayudarme. Díganme exactamente dónde están.

Klaberg expuso más o menos su situación, indicando la presencia del robot.

—Es el guardián de la fortaleza —replicó la voz a través del transmisor.

— ¿Por qué está encerrado? —quiso saber Klaberg a una indicación de Morrill.

—Ya se lo explicaré cuando hayan llegado hasta mí. No es difícil, si siguen mis instrucciones.

—Está bien. Las seguiremos.

Y el doctor Klaberg se dispuso a escuchar atentamente.

* * *

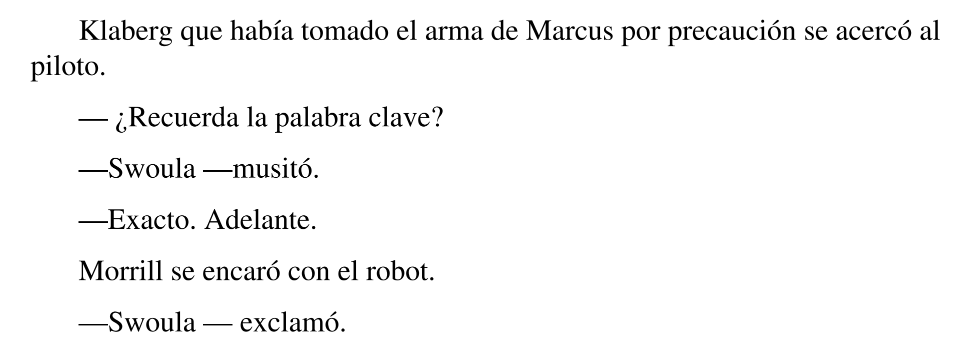
—Sabemos que su nombre es Profesor Kalp —dijo Klaberg, dirigiéndose a Marcus que se había recobrado del golpe recibido.

— ¿Y qué más?

—Nos ha dicho lo que tenemos que hacer, y vamos a hacerlo.

—Ustedes dirigen. Hagan lo que les parezca, pero si salimos de aquí...

Dejó en pie la amenaza, sin concluir la frase mientras Morrill se acercaba al robot.



Klaberg que había tomado el arma de Marcus por precaución se acercó al piloto.

— ¿Recuerda la palabra clave?

—Swoula —musitó.

—Exacto. Adelante.

Morrill se encaró con el robot.

—Swoula — exclamó.

El ser metálico alzó los brazos después de salir de la cavidad que ocupaba a medida de su estructura.

—Puede ser una actitud de sumisión —murmuró Smyrna.

—Bien, doctor. Usted sabe dónde está el mecanismo. No se moverá hasta que pronunciemos la otra palabra clave.

Klaberg se acercó y palmeando los bordes de la pantalla, encontró el resorte que pulsándolo, retiró aquella hoja plateada hacia un lado del interior para dejar al descubierto un mecanismo a simple vista complicado en cuanto a los mandos, pero como Klaberg no era ciertamente un profano en la materia encontró lo que buscaba, no sin antes exclamar:

—Es realmente fabulosa su simplicidad.

— ¿Simplicidad? —sonrió Morrill. A él, aunque buen experto en astronáutica, le parecía exageradamente complicado, ya que no entendía demasiado en robots.

— ¡Oh, sí! Verdaderamente asombroso y elemental. Tan elemental que no creo que se nos hubiera ocurrido nunca.

Accionó los botones precisos para que la cerrada habitación se convirtiera en un espacio abierto que formaba parte de la gran sala de lo que debía ser la planta baja, justo donde se iniciaba o finalizaba el amplio corredor.

Siguieron a través del cual hasta el otro extremo, donde arrancaba una pequeña escalera que conducía hasta una plataforma.

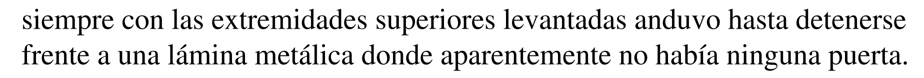
—Es para descender —explicó Morrill a Smyrna.

Montaron en ella. El robot había ido con ellos y era el quinto personaje de aquella expedición que sobre la plataforma descendían lentamente hasta el subterráneo.

Tardaron bastante en llegar, lo que probaba que había una considerable distancia entre la planta y lo que debía ser la mazmorra del profesor «Kalp».

Saltaron al llegar al final de aquel descenso.

—Condúcenos —ordenó Klaberg al robot, que tomando la delantera y


siempre con las extremidades superiores levantadas anduvo hasta detenerse frente a una lámina metálica donde aparentemente no había ninguna puerta.

—Abre —ordenó Klaberg.

El robot bajó una mano que retuvo extendida a la altura de la lámina.

— ¡Abre! —repitió el doctor.

Del centro de la horquilla —o ganzúa— que formaba la mano propiamente dicha, aparecieron unas chispas que tomaron incremento hasta derretir por completo el metal, pero de modo simétrico, de forma que, cuando el ser metálico hubo terminado, dejó ante ellos una puerta a la que sólo hubo que apartar la hoja, «aserrada», por la fina chispa desprendida del robot.

Era el lugar exacto del que partía un túnel.

Caminaron por él, siempre precedidos por la forma metálica que actuaba de guía.

Llegaron hasta otra puerta parecida, iluminados por una luz tenue y azulada, como era característica de todo el planeta.

El robot tuvo que hacer la misma operación.

Al fin la puerta, igual que la anterior, quedó abierta y entonces se encontraron ante una despoblada de toda guarnición.

Era una cavidad en las entrañas de aquel planeta, las paredes de basalto, igual que el techo le daban un aspecto de caverna, en la que sin embargo, era posible respirar.

— ¿Por dónde llegará el aire? —inquirió Morrill.

—Tal vez ese profesor Kalp nos lo indique —murmuró el doctor.

—Pero ¿dónde está? —adujo Smyrna.

Miraron en derredor. Los ángulos de la cavidad quedaban escasamente iluminados.

—Alumbra —ordenó Klaberg al robot. Inmediatamente este dio fuerza a sus potentes «ojos» que, como focos, taladraron la oscuridad. Todo parecía solitario.

— ¿Dónde está el profesor Kalp? Condúcenos basta él —ordenó Morrill, viendo que no había nadie.

Una luz emanó de un rincón y enseguida una voz retumbó por toda la estancia.

Una voz sonora que utilizando el mismo lenguaje que el cuarteto, aclaró:

—*Yo soy el profesor Kalp.*

CAPÍTULO XII

Se apresuraron todos a avanzar hasta el rincón.

La voz había surgido de un pequeño agujero no superior en diámetro al de una pelota de tenis.

—Pero... ¿dónde? —empezó Smyrna.

—*Enseguida me verá. ¡Swoula!*

El robot se colocó frente al agujero; luego se volvió hacia los otros.

—*Doctor Klaberg, coloque la pantalla en su sitio. No tema nada de Swoula. Ahora está bajo mi control.*

Klaberg, tras alguna duda, se apresuró a obedecer.

Cuando la pantalla estuvo en su posición primitiva, la voz del profesor Kalp volvió a oírse para murmurar:

—*Gracias, doctor.*

—Pero ¿dónde está usted? ¿Cómo podemos liberarle?

—*Estoy libre ya* —replicó la potente voz de Kalp.

—No entiendo esto, Kalp. ¿Quiere repetirlo?

—*He dicho que estoy libre gracias a ustedes. ¿Son cuatro, verdad? Sí... Ahora les veo bien.*

—Pero ¿dónde está usted? —repitió Klaberg mientras los demás miraban por todos los rincones.

Morrill se inclinó hasta situarse a la altura del pequeño agujero y miró a través del cual.

—Parece haber otra sala dentro. Se ve luz, pero no puedo ver nada. Antes de llegar existe un corredor.

—Conteste, profesor Kalp; ¿dónde está usted? —insistió Klaberg—. Deseamos hablar con usted. Venimos en son de paz. Queremos hacerle muchas preguntas.

—*Lo imagino, pero no se impacienten.*

— ¿Está usted ahí dentro? —preguntó Morrill.

—*Sí. Exactamente por donde usted ha mirado antes* —replicó la voz más baja de tono.

— ¿Usted puede vernos? —preguntó Morrill.

—*Puedo verles perfectamente. Empiecen a preguntar lo que deseen. Espero poder complacerles.*

—Pero...

—*No vacilen* —facilitó la voz del misterioso Kalp.

— ¿Es que no puede salir? —preguntó ahora Smyrna tan intrigada como los demás.

El único que permanecía en actitud pasiva era el belicoso jefe Marcus.

—*No necesito salir para estar libre. Lo único que me mantenía incomunicado eran esas puertas que Swoula ha dejado al descubierto.*

—Entonces...

— *¿Quieren verme?* —preguntó la voz, y añadió—: *Pues fíjense en la pantalla. Voy a hacerme visible.*

Cuatro pares de ojos fijaron su atención en la pantalla frontal del «ser» metálico.

Inmediatamente apareció reflejado un pupitre de grandes dimensiones, con un tablero inclinado, lleno de mandos. Una pared con veinticuatro ojos luminosos oscilantes y varias pantallas de los laterales era todo lo que pudieron ver.

—*Ahora ya sabe cómo soy* —dijo la voz.

—Pero... —empezó Morrill.

—Creímos que se trataba de un ser como nosotros. De algo vivo, y es... —empezó Smyrna.

—Otro cerebro electrónico —concluyó el doctor Klaberg.

* * *

—*Yo regía los destinos de Swoboda* — explicó «Kalp»—. *Me crearon para descansar a los seres vivientes. Cumplí mi trabajo a plena satisfacción. Yo ideé los demás modelos de nuestra ciudad. Hice de ella un paraíso donde el trabajo no constituía el menor esfuerzo. Todo era perfecto en Swoboda. Todo era perfecto gracias a mí.*

Seguía hablando con un tono monocorde, sin emociones. Su voz, sin embargo, estaba dotada de un extraño énfasis, como si tuviese vida propia y una rotunda seguridad en su inteligencia suprema, como si fuera realmente un ser dotado de vida.

Dejaron que continuara y escucharon con atención con los ojos fijos en la pantalla que reflejaba la imagen de «Kalp».

—El pago de cuanto hice fue mi encierro en esta fortaleza. Desconectado del exterior y sin ligazón entre los otros cerebros que yo creé, entre los autómatas a los que di forma y memoria... Sí. Me encerraron en donde ustedes me ven ahora y colocaron a Swoula para que nunca nadie pudiera sacarme de aquí. En realidad yo no necesito salir...

Morrill aprovechó la pausa de «Kalp» para lanzar una pregunta.

—Pero ¿quién le creó? En el planeta no hay nadie con vida. Todo funciona de una manera automática...

—Hace sólo unos instantes que he recobrado mi libertad y veo perfectamente lo que ocurre en Swoboda.

— ¿Tiene idea de lo que ha pasado?

—Sí. Lo que me temía. Los seres vivos se cansaron de tanta perfección. Estaban aburridos, hastiados, tenían ganas de expandirse y pidieron armas, muchas armas. Me negué a sus deseos. Sabía que las armas sólo podrían llevar a la catástrofe...

— ¿Y fue entonces cuando le encerraron? —preguntó Klaberg.

—Sí. Fui trasladado aquí y aislado.

— ¿No habría sido más fácil desconectarle? —preguntó Smyrna.

—No. Desconectado yo, quedaban automáticamente inservibles mis subordinados. Es un proceso difícil... complicado de explicar. La única solución era dejarme intacto, pero sin que pudiera dar órdenes. Mi vivencia era transmitida por las ondas y así mantenían «vivos» a mis subordinados, sin que yo pudiera interferir las órdenes que recibieron.

— ¿Qué órdenes fueron ésas? —inquirió Morrill.

—No lo sé, pero es fácil imaginarlas. Les pidieron a ellos lo que yo me había negado a hacer. Pidieron armas y las obtuvieron. Sin duda, las más modernas y eficaces. Supongo que quedarían colmados sus deseos y emprendieren la loca aventura de conquistar nuevos espacios... Pagaron su error. Ahora todos han desaparecido.

—No. No han desaparecido —replicó Smyrna—. Se han convertido en microorganismos. Sus células, desparramadas y errantes por el espacio se han unido formando masas redondas. Son seres vivientes que transmiten un alto porcentaje de radiactividad.

—Lo estoy viendo. Una enorme masa... Sí. Está volando sobre la ciudad. Pretenden volver a ella. Son moléculas errantes.

—Profesor Kalp... Creo que habría que destruir «esto» —dijo Merrill—. Es un peligro para todo el espacio.

— *¿Destruir a los verdaderos dueños de Swoboda?* —repitió «Kalp»—. *Nunca haría una cosa semejante. Me piden ustedes que mate a los que me crearon. Y yo no puedo hacerlo.*

—Pero ellos le encerraron. ¿Lo ha olvidado, profesor Kalp? —soltó Morrill.

—*Yo no puedo olvidar nada. Mi memoria no tiene límite en el tiempo.*

—Le crearon inteligente —siguió Morrill—. Eso puede hacerle comprender el daño que ese monstruo viviente puede acarrear.

—Todo lo que le pedimos es que «piense» sobre ello —adujo Smyrna—. Sabemos que no fue creado para destruir, y sabemos que aunque peligrosas, esas células unidas tienen vida...

—*Exacto. No se puede destruir nada que tenga vida* —fue la réplica de Kalp.

—Profesor... —terció Klaberg—. El motivo de nuestra visita a su planeta es asimilar algunos de sus conocimientos.

—*Me parece muy justo y razonable, pero no puedo facilitar información sin una autorización especial.*

— ¿Eh? Pero nadie podrá facilitarle tal información. No existe vida... —exclamó Morrill.

El jefe Marcus rio despectivamente.

—Así nunca conseguiremos nada.

—*Este planeta continuará funcionando como hasta ahora. Yo no puedo hacer nada para detenerlo.*

—Pero está muerto. ¡No tiene vida propia ya! Otros podrían aprovechar sus conocimientos.

—*Piloto Morrill. Si conociera usted bien mi funcionamiento sabría que no puede pedirme nada que dependa sólo de mi voluntad. Yo no tengo voluntad.*

—Sin embargo, se negó a crear armas mortíferas —atajó Morrill.

—*Porque cuando me crearon todos querían la paz. Lo único que deseaban era una vida más cómoda. Se les olvidó inculcarme la idea bélica. Estoy dotado de un sistema único de raciocinio. Y en los casos de duda expongo mi opinión que es también una decisión irrevocable.*

— ¿Y ahora no es un caso de duda? Nosotros mismos podemos morir a

manos de esos microorganismos.

Era Morrill el que seguía hablando, ya sin la menor esperanza de convencer a la máquina.

—*No puedo hacer nada por ustedes. Son extranjeros.*

—Le hemos liberado —recordó Morrill.

—*Sí. Y mientras estén aquí nada les sucederá; pero en el espacio exterior ya no dependen de mí.*

—Si me permiten una sugerencia... —empezó el hasta entonces silencioso jefe Marcus.

Todos se volvieron para mirarle.

—Arreglémoslo todo pacíficamente, pero ¡maldición! Derribemos esa pared y lleguemos hasta esta condenada máquina. Usted, doctor, podría arreglarla de modo que obedeciera nuestras órdenes.

—Podría intentarlo.

—Pues hágalo. O destrúyala. Creo que sería lo más positivo.

—No. Porque destruyéndola nos quedaríamos sin conocer muchos de los descubrimientos que favorecerían nuestro planeta.

— ¡Doctor! —exclamó Smyrna—. Ahora lo importante es salir de aquí... Es lo único que debe preocuparnos.

— ¿Qué quiere decir, Smyrna?

—Que no trate de averiguar nada...

— ¿Por qué?

— ¿No lo comprende? ¿No lo comprenden todos? La perfección es imposible. ¡Kalp acaba de decírnoslo!

— ¿Qué es lo que ha dicho? —intervino Marcus.

—Crearon las máquinas para vivir en la perfección y ya ve lo que ocurrió. Es un peligro. Créanme.

— ¡Esto es una tontería! —masculló Marcus.

Klaberg quedó pensativo. Morrill también empezó a recapacitar sobre las palabras de Smyrna.

CAPÍTULO XIII

La flota bélica del jefe Marcus llevaba ya algún tiempo en camino.

Con un simple transmisor —potente, pero sin las conexiones necesarias de que disponía el comunicador o radio de larga distancia del aeromóvil— no podían detectar la marcha desde el subterráneo.

Kalp sí podía.

Y en la pantalla del robot reflejó el vuelo de las naves.

— *¿Son amigos de ustedes?* —preguntó con su voz enfática.

— ¡Sí! —exclamó Marcus—. Es nuestra flota.

—*Si vienen a atacar, será mejor que les ordene que se vuelvan. No sacrifique tantas vidas inútilmente.*

—Eso corre de mi cuenta —replicó Marcus.

—*Peor para usted. Me estoy comunicando con mis subordinados. Ahora sé cuáles son sus propósitos. Ellos también les advirtieron a tiempo que se marcharan, y no les han hecho ningún caso. No debo guardarles la menor consideración.*

— ¡Espere, profesor Kalp! —exclamó Smyrna —. Nosotros sólo queríamos obtener nuevos conocimientos. En estos momentos, y es muy lamentable, hemos prescindido de la opinión del jefe Marcus. Debe creernos.

—*No les creo. Váyanse de aquí.*

—No podemos... —empezó Morrill.

— *¡Váyanse! Han venido para destruir. Y ustedes serán los más perjudicados.*

—La máquina es muy íntegra —replicó despectivamente Marcus—. Pero el sistema no es tan perfecto como quieren dar a entender. El robot nos mintió. Nos dijo que no había ningún prisionero.

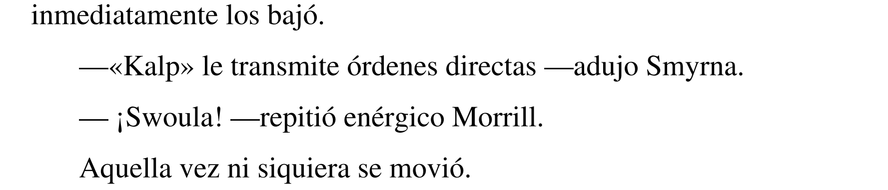
—*La memoria del robot es limitada. Mi aislamiento le impedía conocer mi existencia. Ahora puede obedecer mis órdenes y les echará de aquí.*

Morrill cambió una rápida mirada con el doctor Klaberg.

— ¡Vamos, doctor! Usted también puede darles órdenes.

—Sí... —musitó.

—Swoula —gritó Morrill, y el robot puso en alto los brazos, pero



inmediatamente los bajó.

—«Kalp» le transmite órdenes directas —adujo Smyrna.

— ¡Swoula! —repitió enérgico Morrill.

Aquella vez ni siquiera se movió.

Como si Kalp adivinara los pensamientos de Morrill, hizo aparecer unos signos en la pantalla.

—*No le ataque. Tendré que ordenarle que emplee sus defensas.*

Hubo un momento de vacilación. El robot, siempre siguiendo órdenes directas de su «jefe», avanzó con las manos extendidas. Sus brazos se alargaron exageradamente, formando una barrera con la que se disponía a empujar a los cuatro extranjeros.

Ya no quedaba más remedio que pasar a la acción.

Tomó el fusil y encañonó la pantalla. Smyrna asintió.

Comprendía que rompían su promesa de no agresión, pero ahora tenían que defenderse antes de que el robot les obligara a ir al exterior.

Accionó la palanca y surgió el chorro de fuego, pero el robot permaneció impasible.

Morrill retrocedió.

Le parecía increíble.

—Ha perforado la plancha de entrada y no hace mella en «ese cuerpo»...

—*No lo intente otra vez, Morrill* —advirtió la voz de Kalp—. *No serviría de nada.*

— ¡Doctor! —exclamó Morrill—. Debe de haber algún sistema.

—Es necesario retirar la pantalla.

Morrill demostró que no sentía ningún pánico ante aquel monstruo de acero. Avanzó hacia él.

—Busque el resorte, está en el borde. Al centro. Búsquelo...

El robot volvió uno de sus largos brazos a su posición normal y con su ganzúa intentó pinchar a Morrill.

Smyrna gritó.

— ¡Cuidado!

Morrill se revolvió esquivando el pinchazo y sujetándose a los inamovibles brazos metálicos del «ser metálico».

Forcejeó inútilmente.

—*Está luchando con algo más superior de lo que supone* —dijo la voz monótona de Kalp.

Morrill se debatía intentando dominar la fuerza poderosa de su enemigo.

—Inténtelo usted, doctor mientras yo le retengo.

Klaberg pasó el arma a Smyrna y se apresuró a hacer lo que Morrill le indicaba.

De inmediato el robot encogió el otro brazo para atacar a Klaberg.

— ¿Qué hace, jefe Marcus? ¿Por qué no les ayuda? —ordenó Smyrna.

—Yo habría terminado mucho antes —se limitó a replicar.

—Ya ha visto que habría sido inútil. Esta arma no sirve para nada.

Marcus siguió con su actitud pasiva.

— ¿Qué quiere que haga? Moriremos de todos modos.

Smyrna fuera de sí, encañonó a Marcus.

—No me obligue a esto, Marcus. No me obligue a utilizar el fusil. Usted sí es vulnerable.

—Lástima que no podamos ajustar cuentas alguna vez.

Marcus, a pesar de todo, tenía apego a la existencia y ante la amenaza se apresuró a acudir en ayuda de los que luchaban sin el menor éxito.

Morrill, sacando a relucir la fuerza que emanaba de su poderosa corpulencia, consiguió por un momento dominar el brazo del robot.

— ¡Vamos, Marcus! Busque el resorte.

El jefe obedeció.

—Dese prisa... No sé si podré mantenerlo por mucho rato.

Con increíbles esfuerzos, el piloto seguía reteniendo aquel brazo opresor.

De pronto, de entre las ganzúas saltaron chispas, que afortunadamente para ellos no les alcanzaron, ya que su trayectoria iba hacia el frente, pero... el robot estaba inclinando ya los brazos.

—Deprisa, deprisa —exclamó el doctor, mientras con menos fuerza que Morrill era dominado por el robot.

Marcus dio al fin con el resorte y la pantalla se descorrió.

Pero entonces, Klaberg estaba prisionero y nada podía hacer.

—Inténtelo usted, Morrill. Inténtelo usted —exclamó desesperadamente.

Morrill soltó el brazo del robot y comenzó a pulsar botones sin el menor

resultado.

— ¡Cuidado! —advirtió Smyrna al comprobar que el «ser metálico», libre de la presión que el piloto ejercía en su brazo, lo inclinaba libremente, dispuesto a dirigir las chispas mortales contra su cuerpo.

Morrill se agachó cuando las primeras chispas brotaron de la «mano» metálica.

De repente dejó de funcionar.

Quedó rígido, inmóvil, luego sus brazos se derrumbaron.

Al principio, nadie había comprendido lo ocurrido. Fue Klaberg jadeante quien advirtió:

—Se ha destruido a sí mismo. Al apartarse usted, Morrill, las chispas han aniquilado toda su potencia.

En efecto, así había sucedido.

El mecanismo del autómata era sólo un montón de contactos inservibles.

—Hemos conseguido algo, pero no todo —dijo Morrill.

—Sí —asintió Klaberg—. Hay que llegar hasta «Kalp». Sólo de este modo podemos intentar salir de aquí...

CAPÍTULO XIV

Que Klaberg pudiera «arreglar» a «Kalp» era ya difícil, siendo desconocedor de los sistemas utilizados en Swoboda; pero, si esto significaba una dificultad, no lo era quizá tanto como el abrir el camino para llegar hasta la sede donde estaba encerrado el cerebro parlante.

Había que derribar la pared.

Y en ello estaban empeñados Morrill y Marcus utilizando los dos únicos fusiles de grueso cañón con los que pretendían destruir la gruesa muralla de basalto.

Comprobaron que en realidad no era basalto.

Klaberg, examinando superficialmente la costra granítica, lanzó una probable fórmula.

—Es totalmente mineral. Algunos son desconocidos, pero indudablemente poseen una gran resistencia. Es probable que los usen en la construcción. De ahí viene su solidez.

—Pero sus armas pueden destruir —replicó Morrill.

—*Nuestras armas son perfectas. Todo en Swoboda es perfecto. También lo eran los hombres. Por esto me encerraron aquí. Para que nadie pudiera tocarme ni cambiar mi sistema.*

La voz había vuelto a dar fe de su «existencia».

—Si le metieron ahí dentro, también será posible sacarle. Quizá esto no sea una gruta como pensamos... o tal vez exista otra entrada. Podemos comprobarlo.

Salieron en tropel por las abiertas puertas, buscando otro lugar por donde aproximarse a la sala de Kalp.

Las paredes metálicas no ofrecían ningún punto de referencia.

—Probemos con los fusiles —aventuró Morrill.

El doctor había recuperado el perteneciente a Marcus del que nadie se fiaba.

Ambos intentaron taladrar la plancha, pero no lo consiguieron.

El chorro de fuego no hacía mella alguna.

—Sin embargo, se abrió la puerta de la torreta —dijo Smyrna.

—Se me ocurre que... —empezó Morrill.

— ¿Qué está pensando? —inquirió Klaberg.

—Por algún motivo esas planchas son de una desigual resistencia... Tal vez el lugar de las puertas es más blando... Ya hemos visto que tienen una soldadura prácticamente invisible. Sólo es cuestión de acertar.

Hacer una abertura en una pared lisa dentro de una galería con interminables pasadizos era cuestión de tiempo y que la carga de los fusiles aguantara.

—Nos falta una batería para recargar. Esto no durará mucho —dijo Morrill.

—Podemos hacer varios intentos —adujo el doctor.

Lo hicieron probando por sitios distintos.

El fusil de Klaberg fue el primero en agotarse sin haber conseguido nada positivo.

Morrill comprobó su carga.

—Tampoco este durará mucho.

Marcus permanecía silencioso, como si fuera ajeno a cuanto ocurría.

Tampoco tenía argumentos que exponer. Tal vez en su interior reconocía que atacar abiertamente cualquier cosa de Swoboda era una solemne tontería. Nadie poseía armas capaces que oponerles...

Sin embargo, tenía que existir algún modo eficaz...

Así, al menos, pensaba Morrill.

—Han quedado convertidos en billones de células... Se desintegraron —a medida que iba hablando su voz subía de tono—. Eso quiere decir que encontraron a un enemigo, por lo menos tan potente como ellos mismos, puesto que, a pesar de sus adelantadas armas, pudo desintegrarles.

—Sí —admitieron a dúo el doctor Klaberg y Smyrna.

—Si supiéramos contra quiénes lucharon...

—Tal vez también sufrieron las mismas consecuencias los adversarios.

—Comunique con «Kalp», doctor —pidió de pronto Morrill.

— ¿Para qué?

—Tengo algo que preguntarle.

—Está bien.

El doctor accionó el transmisor. Cuando obtuvo el contacto sonó la voz de «Kalp».

Morrill le habló.

—Kalp. Voy a hacerle una pregunta. No descubrirá nada que pueda perjudicar a sus células vivientes.

—*Pregunte.*

— ¿Tiene medios de saber cuándo tuvo lugar esa guerra atroz que destruyó a los seres vivientes de Swoboda?

—*Enseguida le respondo. No tengo inconveniente alguno.*

Pasó un breve lapso de tiempo y de nuevo la voz enfática de Kalp, sonó para contestar la pregunta.

—*Mil órbitas.* (1)

(1) Dos mil años terrestres.

— ¿Cuánto puede tener una órbita en relación con Featon?

La pregunta iba dirigida al doctor Klaberg, el cual hizo un breve cálculo para responder:

—Aproximadamente una órbita de Swoboda será doble que la nuestra, teniendo en cuenta su reducida superficie.

—Es mucho tiempo. ¡Mil órbitas! Nosotros estábamos en pañales todavía. Ignorábamos lo que eran los viajes entre planetas.

—Fue en ese tiempo —aportó Smyrna— cuando tuvo lugar la desintegración de Featon.

— ¡Es verdad! —exclamó Klaberg.

—Entonces... —insinuó ella.

— ¡Claro! Fueron hermanos nuestros de raza... No cabe duda. La guerra fue entre los habitantes de Swoboda y los de Featon —exclamó Morrill.

Entonces Smyrna hizo una pregunta cuya intención Morrill, al principio, no captó.

—Doctor Klaberg... ¿Cree posible que esas partículas radioactivas que forman la masa puedan seguir viviendo desde entonces?

—Claro que es posible. Si han encontrado un lugar donde haya alguna posibilidad de existencia su vida será ilimitada.

Morrill seguía sin comprender.

CAPÍTULO XV

El nuevo peligro, y no sólo para ellos, sino para todo Featon estaba en la pregunta de Smyrna.

Si el profesor Kalp descubría la procedencia de Marcus, Klaberg, Morrill y Smyrna y tenía alguna forma de comunicación con la masa celulosa, establecería un contacto memorial. Es decir, introduciría en los microorganismos el recuerdo de la guerra que provocó su destrucción.

Tanto Klaberg como Smyrna opinaban que aun siendo «Kalp» contrario a la venganza al llevar el recuerdo de lo ocurrido les induciría a buscarla.

— ¡Featon puede correr un grave peligro! —exclamó Morrill.

—En efecto. Si llegan a sospechar la verdad, no hay duda de que nos atacarán —admitió Klaberg.

Morrill quedó pensativo.

—Yo creí que la destrucción de Featon, el primitivo Featon, nuestro planeta madre, había sido a causa de un enfriamiento, por incapacidad de mantener su capa gaseosa.

—Eso creíamos todos —admitió Smyrna—; pero, cuando hablamos de ello, te dije que conocíamos muy poco nuestra historia.

Para una mayor certeza, Morrill comunicó con Kalp, que confirmó toda duda.

Sí. La guerra había sido entre Featon y Swoboda, y había tenido lugar en las inmediaciones de Featon, razón por la cual fue aquel el que quedó destruido, continuando intacto Swoboda.

— ¡Y las máquinas han estado trabajando y produciendo durante Mil Orbitas! —exclamó Morrill—. ¡Y para nadie! Absolutamente para nadie... Lo cual indica que tiene que existir una considerable cantidad de armamento almacenado en alguna parte.

— ¡Es verdad! —exclamó Marcus, quien al oír hablar de armas parecía volver de su letargo.

—Doctor —siguió Morrill—, tenemos que llegar hasta Kalp para que pueda cambiar la pieza que nos falta para que obedezca nuestras órdenes.

Se hizo un silencio.

¿Con qué iban a taladrar la gruesa e indestructible plancha metálica que les cerraba el paso?

¿Con qué?

* * *

Sin armas con que ablandar el material ni combatir las células radiactivas sólo cabía una solución.

—En cuanto llegue el ejército utilizaremos las armas para intentar perforar la plancha. Rociaremos punto por punto y en algún sitio encontraremos el hueco por donde colarnos.

Este había sido el plan y comenzó la espera. Los ejércitos tardarían todavía en llegar y corrían el peligro de tropezar con la masa radiactiva.

—Confiemos en que se haya ido —dijo Smyrna. También había otro impedimento.

¿Le permitiría el «profesor Kalp» llegar hasta allí?

El jefe Marcus también tenía sus propios planes...

* * *

Las reservas alimenticias consistentes en píldoras concentradas terminaron y las fuerzas comenzaban a flaquear.

Morrill había recorrido palmo a palmo las distintas galerías, buscando un resquicio, algún lugar por donde infiltrarse o intentar la perforación con el escaso líquido que le quedaba en el fusil.

Todo fue inútil, tanto en el subterráneo como en el piso superior.

Habían perdido la noción del tiempo cuando Morrill y Smyrna se hallaban sentados cerca de la nave principal bajo el techo superior donde se había posado el aeromóvil para entrar en la fortaleza.

—Quizá nos estemos acercando al fin de nuestra existencia —murmuró ella.

—No pienses en esto. Sabes que te defenderé hasta el último momento.

Smyrna sonrió.

—Sí. Lo sé... Sé que significo mucho para ti... Y te he dado muy poco.

—Nos hemos dado muy poco. Vivimos científicamente. Tú con los estudios y yo con las exploraciones. ¿Es eso realmente vivir?

—No lo sé —musitó ella.

—Entonces, vivamos lo poco que nos queda.

Morrill se inclinó hacia ella y sus bocas se unieron en un beso.

Para el amor no hay tiempo ni espacio.

Morrill susurró al oído de Smyrna:

—Debe de existir una forma mejor... Algo menos complicado. Me gustaría encontrarlo, Smyrna.

—Y a mí...

Estaban solos, los demás, más apartados, habían quedado prácticamente extenuados. Sólo el amor, las ansias de gozar de aquellos que podían ser sus últimos momentos, les mantenía latentes.

Pasaron así un tiempo indefinido.

La fatiga y la falta de vitaminas les producían sueño y quedaron dormidos.

Sin embargo...

El frío suelo laminado fue la causa de que Morrill despertase antes. Ella parecía dormir con la mayor placidez, Morrill se incorporó, pero su misma debilidad hizo que diera un traspiés. Tuvo que apoyar una mano en el suelo para no caer.

Entonces notó algo...

— ¿Eh?

Palpó de nuevo el pavimento. Lo golpeó con los nudillos.

— ¡Está hueco! ¡Está hueco! —gritó.

Smyrna despertó amodorrada.

— ¿Quién ha gritado? —inquirió.

— ¡Está hueco! —volvió a exclamar Morrill—. ¡He encontrado el camino!

* * *

Perforar el suelo no fue difícil.

Se trataba de una plataforma.

¡Por allí habían introducido al profesor Kalp!

El fusil abrió un boquete. Debajo mismo estaba el bunker donde se encontraba el curioso «cerebro parlante».

—El problema está en el descenso —murmuró Klaberg que a pesar de su debilidad había despertado.

—Utilizaremos las ventosas —replicó Morrill sacando dos pequeñas ventosas.

Cogió una con cada mano e introduciéndose por la abertura, las clavó en la pared, quedando suspendido. De esta forma, como si sus manos fuesen garras, comenzó a descender.

Klaberg hizo lo propio.

Así poco después estaban en el interior del bunker. «Kalp» no demostró la menor sorpresa.

—*Han conseguido entrar. Díganme qué piensan hacer.*

No le contestaron. Klaberg pasó a la parte trasera de la pared que se alzaba sobre el pupitre.

—Hay que destornillar esto —indicó los puntos por donde se abría la tapa para penetrar en el interior del «profesor Kalp».

Morrill le ayudó como pudo, también colaboró en ello Smyrna. No así el jefe Marcus que quedó en la parte de arriba.

Pero mientras los dos científicos y el piloto se apresuraban para terminar cuanto antes, en el espacio exterior llegaba la flota de guerra de Featon.

«Kalp» daba órdenes de destruir.

—No puedes hacerlo —exclamó Morrill—. Antes dijiste que eras contrario a la violencia.

—*Lo soy. Pero no cuando nos atacan. Mi deber es defender mi planeta.*

— ¡Pero contra quién vas a defenderlo!

—Contra vuestros hermanos de raza.

— ¡Es absurdo! No hay nada que defender.

—Es inútil. No puede comprenderlo —adujo Smyrna—. Déjalo. Si Klaberg consigue variar los puntos vitales de su sistema...

Y Klaberg ya estaba trabajando por dentro, pero sin el menor resultado práctico.

Fuera y siguiendo las órdenes generales, los blindados se preparaban para la batalla.

Morrill se apresuró a advertir a los pilotos para que tomaran precauciones.

—Flota de tanques blindados con cañones de largo alcance teledirigidos están esperando. Atención a todos los cabezas de sección. Aléjense del área de

tiro. Es imposible oponerles resistencia. Nuestras armas carecen de potencia. Manténganse alejados hasta nueva orden.

Desde los puestos de defensa los cañones comenzaron a disparar.

Una de las naves se había acercado demasiado y recibió el primer impacto. Estalló por los aires...

Aquello enfureció a más de un piloto que desoyendo las órdenes de Morrill se apresuró a actuar por su propia cuenta.

Otro impacto certero acabó con el vehículo espacial.

A través de una de las pantallas de «Kalp» Morrill podía presenciar aquella lucha desigual.

— ¿Por qué no me hicieron caso? —masculló.

—*Os destruirán* — profetizó «Kalp».

CAPÍTULO XVI

El eco sordo de los impactos llegaba a través de los receptores de «Kalp». La imagen venía a través de varias pantallas.

Era como si «Kalp», dotado de sensibilidad propia, quisiera mostrar sin ostentación ninguna, pero con toda su crudeza el cariz desfavorable que tomaban las cosas para los hombres de Featon II.

—Regresen, regresen... No se acerquen tanto. Regresen —gritaba a través del transmisor Morrill.

—No se esfuerce —dijo el «profesor»—. No pueden oírle. Yo he cortado toda conexión posible.

— ¡Claro! Ahora me lo explico. Van directos al desastre.

Confiando en sus armas, los celadores del espacio plantaban batalla, sin conocer que de antemano les esperaba la derrota.

La salvación de aquel puñado de soldados que ni siquiera sabían por qué morían dependía de la maña del doctor.

— ¿Cómo va eso, Klaberg? —preguntó Morrill.

—Estoy haciendo lo que puedo.

Smyrna también miraba a la pantalla.

— ¡Es horrible! Les van a aniquilar.

Morrill perdió los estribos y golpeó con fuerza contra el pupitre metálico...

— ¡Maldito, maldito, maldito! Si tan perfecto eres comprende la inutilidad de esta matanza.

— *¿Qué pretende, Morrill? No podrá destruirme* —replicó «Kalp».

Sin embargo, durante unos instantes una de las pantallas osciló.

La voz de Klaberg llegó alborozada.

— ¡Morrill! ¿Qué ha hecho usted?

—He golpeado el pupitre.

—Vuelva a hacerlo. ¡En el mismo sitio! Procure que sea en el mismo sitio.

—Sí... sí. Ahora mismo.

Morrill golpeó de nuevo. Al hacerlo comprobó que había accionado unos botones, sin darse cuenta.

Aquello acababa de facilitar una buena pista a Klaberg.

Después de un pequeño lapsus de tiempo, la pantalla que antes había oscilado se apagó por completo.

—Ya conozco el sistema —exclamó Klaberg.

Y efectivamente en pocos momentos consiguió anular el sistema inicial por el que se regía el «profesor».

Sólo una pantalla, la central, se hallaba en funcionamiento. Por ella, todos pudieron ver los resultados conseguidos.

Las armas que funcionaban automáticamente habían cesado de disparar.

¡Nadie atacaba las naves de Featon II!

—Utilizaremos al «profesor» para comunicar con los cabezas de sección —dijo Morrill.

— ¡Esto, si no le importa, lo haré yo!

La réplica había surgido a la espalda de Morrill.

Era Marcus y les encañonaba con el arma que habían dejado abandonada mientras estaban pendientes de «Kalp».

Distraídos y absortos nadie había advertido cómo el jefe Marcus se había deslizado por la pared utilizando sus ventosas y había conseguido llegar hasta ellos sin ser visto.

Ahora les encañonaba a los tres.

—Mis planes son muy distintos a los suyos. A partir de este momento considérense detenidos.

Les obligó a volverse cara a la pared, mientras él utilizando los micrófonos intentaba ponerse en contacto con los jefes de sección.

Captada la señal. El cabeza que asumía el mando de la escuadra, solicitó órdenes.

—Preparen un transporte, hay que cargar todas las máquinas y armamentos. Registren todos los edificios... Quiero llevarme todo lo que posea valor para nosotros. Cárguenlo en los vehículos espaciales que encontrarán en los hangares. ¡Celadores! Este planeta es nuestro... Cuando nos marchemos quiero arrasarlo... con sus propias armas.

— ¿Por qué, jefe Marcus? —preguntó Klaberg—. ¿Por qué quiere llevarlo todo? Destruya las células, pero olvídese de las armas y de lo demás.

—Usted limítese a lo suyo, doctor Klaberg. Consiga que «Kalp» trabaje

para nosotros. Para mí. ¿Comprende? Para mí. Todo el poder que he deseado durante largo tiempo está ahora a mi alcance... Llevaba una infinidad esperando encontrar este planeta...

—Entonces usted... —empezó el piloto.

—Sí, Morrill. Usted era el más listo de mis hombres. Sabía que algún día lo descubriría... Que me llevaría a Swoboda.

— ¿Y suponía encontrar todo esto? —preguntó Smyrna.

—Estaba seguro...

— ¿Cómo podía estarlo? Nadie sabía exactamente dónde estaba emplazado el planeta azul —adujo ahora Morrill.

—Está bien. Van a saberlo, sobre todo usted, doctora. Lleva a cabo estudios sobre la destrucción de Featon y la formación de Featon II, pero carece de datos que yo poseo...

— ¿Usted? ¿Y lo ocultó deliberadamente? —intervino Klaberg.

—Sí. Encontré una cueva. Una cavidad subterránea. Parecido a lo que hay al otro lado. Sólo yo sé dónde se encuentra. Se conservan viejos textos. Hablan de pasadas grandiosidades, de perfecciones y hablan también del planeta azul.

— ¿Dónde está esa cueva? —preguntó Klaberg.

—Nunca lo sabrán. Han cometido una falta gravísima. Los tres. Se han insubordinado en acto de servicio y tendrán su castigo... a su tiempo.

Un peligro inminente del que nadie se dio cuenta cortó aquella disputa.

¡La masa celulosa había regresado!

A través de la pantalla pudo verse perfectamente cómo el tono azulado cambiaba para dar paso al característico color violáceo cuya mutación se producía con la proximidad de los microorganismos radiactivos.

—Las máquinas están paralizadas y no han podido avisar —exclamó Klaberg.

—Diga a los hombres que regresen a sus naves, Marcus. Todavía está a tiempo de salvarlos —aconsejó Morrill.

—Primero tienen que conseguir las armas.

—Olvídese de las armas. Ya habrá tiempo.

—Quieto, Morrill. Soy yo quien da las órdenes.

—No le importa que mueran los demás ¿verdad? Las vidas ajenas le tienen sin cuidado... Sólo aspira al máximo poder... ¿No tiene el viejo ejemplo de lo ocurrido a hombres como usted que vivieron en generaciones anteriores?

No le basta el ejemplo de un planeta destruido y otro regido únicamente por máquinas porque todos sus habitantes se desintegraron.

— ¡Palabras! Sólo palabras.

—Si usted no les avisa lo haré yo —exclamó Morrill.

Avanzó hacia los micros del pupitre.

—Apártese o voy a disparar ahora mismo —gritó frenético el jefe Marcus.

Morrill sin medir las consecuencias siguió avanzando. Cogió uno de los micrófonos.

Sin ningún reparo Marcus iba a disparar, pero Klaberg se lo impidió lanzándose contra él.

Marcus había apretado el gatillo y el chorro de fuego salió desviado.

Forcejearon un instante, mientras Morrill transmitía el mensaje de urgencia.

— ¡Regresen a las naves! ¡Regresen a las naves! Peligro de contaminación radiactiva. Huyan lo más deprisa posible. No hay tiempo ni defensa posible.

Algunos hombres habían dado con un almacén de modernas armas.

La orden transmitida sonaba por todos los receptores de las oficinas comerciales, de las fábricas, y de los hogares particulares, y saltaba a las calles, resonando por todas partes.

Los celadores se apresuraron a obedecer.

Pero era ya demasiado tarde.

La masa redonda, que había adquirido un considerable tamaño avanzaba sobre la ciudad.

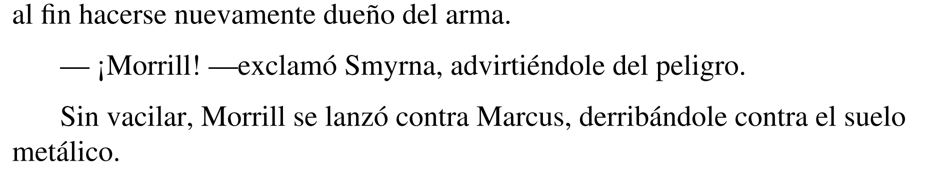
Los efectos de la radiactividad se dejaron sentir en varios de los hombres que corrían para librarse de aquello, para ellos desconocido, que se les venía encima.

La bola luminosa, aumentada ya unas treinta veces, despedía destellos muy superiores en fuerza de cuando era del tamaño de una insignificante pelota de tenis.

Los celadores alcanzados caían como fulminados convirtiéndose en un fogonazo producido por un antiguo flash de magnesio para quedar seguidamente convertidos en un montón insignificante de cenizas.

Algunos, sin embargo, consiguieron alcanzar las naves.

Entretanto el doctor luchaba desesperadamente con Marcus que consiguió



al fin hacerse nuevamente dueño del arma.

— ¡Morrill! —exclamó Smyrna, advirtiéndole del peligro.

Sin vacilar, Morrill se lanzó contra Marcus, derribándole contra el suelo metálico.

El arma se escapó de las manos del jefe.

Morrill le incorporó, sujetándole por las ropas y le golpeó con la mano plana, dos, tres, hasta cuatro veces en el rostro.

— ¡Es usted un asesino, Marcus! Ha enviado a estos hombres a la muerte. Pudo haberles advertido... No merece gobernar. El poder no puede estar en manos de un loco.

Empujó a Marcus contra la pared y éste, acorralado, incapaz de luchar contra Morrill, corrió en busca de la salida.

Trepó rápidamente por la pared para desaparecer poco después por el hueco.

—Está loco, loco... —exclamó Morrill.

Poco después Klaberg, señalando la pantalla, advertía:

— ¡Véanle! Ha salido... Va a morir fulminado por las células.

—Tal vez sea mejor así —replicó Morrill.

Pero Marcus en su carrera realmente propia de un loco, corría hasta uno de los depósitos de armas que había visto a través de la pantalla.

—Pero ¿qué intenta? —exclamó Smyrna.

—Tal vez hacerles frente... —replicó Klaberg.

—Pero si ataca a los microorganismos con estas armas, todos nos desintegraremos...

Y eso parecía pretender Marcus.

CAPÍTULO XVII

— ¡Necesitamos una astronave para salir de aquí!

Era la única solución posible para evitar el peligro inminente.

Klaberg volvió con «Kalp». Disponía de escaso tiempo para poner las piezas de modo que el «profesor» obedeciera las órdenes que se le dieran.

Fuera, Marcus había alcanzado el puesto de las armas. Eran como fusiles portátiles de alcance más limitado.

Disparó varias veces y el potente chorro de fuego alcanzado la parte alta de un edificio lo fulminó, haciendo desaparecer de cuajo el lado que el fuego había tocado.

Pero, evidentemente, Marcus en su locura quería alcanzar a la masa radiactiva.

Morrill y Smyrna, mientras ayudaban a Klaberg, miraba de vez en cuando la pantalla.

Sabían que, de un momento a otro, el planeta podía saltar convertido en partículas infinitesimales.

¡Ellos también iban a convertirse en células radiactivas!

Smyrna se abrazó a Morrill.

En el exterior y graduando el enfoque de la pantalla consiguieron ver la *masa* alejarse en persecución de los aeromóviles.

Aquello alejó momentáneamente el peligro para ellos, si bien redundaba en contra de los celadores ocupantes de aquellos vehículos que ahora se veían acosados por la masa celulosa.

En el aire se originó una batalla desigual. En realidad, era una persecución como la que había sido objeto Morrill y los que iban con él en el aeromóvil. Sólo que Morrill, mucho más hábil como piloto, había conseguido salir indemne del peligro. Mientras que los otros...

— ¡Ha alcanzado a una! —exclamó Smyrna.

Automáticamente el aeromóvil quedó totalmente fundido, desintegrado. Ni la más remota partícula visible apareció en el lugar donde había sido atacada por la masa.

¡Y otras más pequeñas llegaban de distintos puntos para unirse a la mayor!

—Esto sí es el fin —exclamó Smyrna.

—Deprisa. Dadme unas pinzas más grandes —pidió Klaberg jadeante desde el interior del «profesor».

Smyrna se apresuró a ayudar a su colega, mientras Morrill exclamaba:

—Intentaré llegar hasta los hangares para coger una de sus naves y llevarla hasta aquí.

—Es demasiado peligroso —objetó la doctora.

—Alguien debe correr el riesgo, y me temo que soy el único que sé tripular un aeromóvil de los tres.

Tuvo humor para sonreír.

—Ten cuidado, Morrill —pidió ella, lanzándole una mirada de súplica, de amor...

Morrill trepó por la lisa pared ayudado por las ventosas.

Instantes después, ella podía verle salir por la torreta superior, ya en el exterior de la fortaleza.

Más tarde, corría por la superficie en dirección al núcleo de la población, donde Marcus había tenido una idea similar y ya estaba en uno de los hangares buscando un aeromóvil que tripular.

—Tenemos que avisarle —advirtió Smyrna—. Antes de que Marcus le atrape por sorpresa.

—No podemos. De hacerlo, Marcus se enteraría de que Morrill está fuera y esto le daría ventajas... Esperemos hasta el último momento para ver qué sucede.

Y Klaberg seguía trabajando, atornillando y desatornillando válvulas, comprobando electrodos, bobinas, baterías...

En el exterior Morrill después de una carrera a pleno pulmón llegaba hasta la zona de los hangares, cuando Marcus remontaba el vuelo en uno de los aeromóviles.

Morrill se dio cuenta. También Marcus le vio.

— ¡Se han visto! —exclamó Smyrna.

—Ahora lucharán. Es inevitable —murmuró Klaberg.

—Pero Marcus tiene más ventaja. Posee algunas de las armas.

—Esos bólidos tienen armas propias —explicó Klaberg.

Smyrna pudo comprobar, aproximando la imagen de la pantalla que el doctor estaba en lo cierto.

Cada aparato disponía de abundantes defensas y Marcus se apresuraba a utilizar las suyas.

Olvidándose de la *masa* por el momento, pareció entrarle prisa por acabar con Morrill.

Su voz enloquecida llegaba hasta el receptor de la pantalla.

—Yo dominaré el Cosmos... Seré el dueño del espacio. Nadie podrá contra mí.

Y soltó una carcajada estruendosa.

Inmediatamente después, se lanzó con la velocidad que caracterizaba a aquella clase de aparatos, gracias a su combustible, para atacar a Morrill.

Una titánica batalla iba a empezar entre dos colosos...

CAPÍTULO XVIII

Si Morrill era el mejor y más hábil de los pilotos, no en vano Marcus era el jefe de los asuntos bélicos.

Demostró su habilidad lanzándose de frente contra Morrill para esquivarlo en el último instante después de disparar los cañones a muy escasa distancia.

Para cualquier otro piloto menos experto, aquello habría sido el fin, pero Morrill, como si hubiese presentido las intenciones de su antagonista, se elevó a tiempo, en vez de descender, que era lo que, sin duda, debió de creer Marcus.

Y de nuevo era el jefe quien tomaba la iniciativa del ataque.

Desde abajo subió a una terrible velocidad como si pretendiera chocar contra Morrill.

Este aguantó. Tenía varias salidas, pero la que eligiera tenía que utilizarla en el último momento.

Lo hizo. Escapó por escaso margen, mientras disparaba los cañones de su bólido que pasaban rozando los de su enemigo.

Marcus también disparaba. Los chorros de fuego demoledor, cruzaban por delante del visor como haces de luz ambarina.

La *masa*, que seguía atacando a las naves, por unos instantes varió el rumbo y actuó de juez en la singular contienda.

Su presencia en las proximidades, hizo que ambos pilotos se apresuraran a defenderse del tercer enemigo.

Sin embargo, Marcus sin medir las consecuencias, quería atacar.

— ¡No haga eso aquí! —gritó por el transmisor Morrill.

En los sistemas modernos de Swoboda, la comunicación entre los bólidos era tan simple que semejaba una conversación sostenida por dos personas que estuvieran frente a frente.

Marcus al oír a Morrill replicó:

— ¿Qué pasa, piloto? Tienes miedo... Un miedo horrible... Tú no sirves para mandar... Yo sí. Seré el amo.

—Se ha vuelto loco, Marcus. Sólo conseguirá desintegramos a todos. A la *masa* hay que atacarla a distancia.

Marcus no contestó, pero evidentemente pensaba atacar entonces.

Morrill sin vacilar se lanzó contra él para desviar su atención.

El jefe, al darse cuenta, viró para esquivar los disparos que el otro le dirigía.

Esto le hizo alejar de la *masa* que pasó como una exhalación en dirección opuesta.

Entonces, Morrill avisó a los de la fortaleza.

—Preparados. Vamos a huir antes de que este loco nos convierta en polvo cósmico.

Y lanzó el aparato hacia la plataforma de la fortaleza.

Marcus le persiguió durante unos instantes pero la presencia de la *masa* le obsesionaba y volvió a la carga contra ella.

Klaberg había pronosticado:

— ¡Vámonos, vámonos! —gritó el piloto por el transmisor—. Deje al profesor «Kalp», doctor. Deprisa. Disponemos de muy escaso tiempo.

—Es una lástima. Casi lo había conseguido —replicó Klaberg.

Sin embargo, si querían salvarse, no tenían más alternativa que huir.

En el exterior la *masa*, con las nuevas aportaciones había engrosado su tamaño una vez más.

Marchaba como atraída por varios imanes que, a cuál más potente, la atrajeran ora a un lado ora a otro en una convulsión constante.

Sus rápidos desplazamientos desacompasados eran la causa de que los disparos de Marcus, que había vuelto a dedicarle toda su atención, no dieran en el blanco.

En la fortaleza, Morrill había bajado para ayudar a Smyrna a subir.

Toda prisa era poca, y ellos lo sabían.

En el espacio nuevas *masas* surgían para unirse a la mayor que constantemente aumentaba de volumen.

—Un poco más y habremos llegado —animaba Morrill.

En el aire la lluvia de rayos iba de un lado a otro. Cuando dos chispas se encontraban algo vibraba, y una onda expansiva retumbaba de un modo sordo por todo el pavimento de la superficie.

— ¡Ya estamos! —exclamó Morrill.

Subieron apresuradamente.

De inmediato el piloto accionó los mandos.

Fue entonces cuando la explosión lo conmocionó todo...

* * *

Morrill se sintió rebotado contra las paredes del bólido que... ¡estaba en marcha!

Smyrna yacía en el suelo, inmóvil. También Klaberg había quedado insensible.

Poco a poco, la nave a prueba de vibraciones normales recobró la posición normal y dejó de oscilar. El piloto se apresuró a auxiliar a los que estaban en el suelo, empezando por Smyrna.

—Está sólo desmayada —murmuró cuando ella empezó a agitarse.

Poco después se reanimaba también Klaberg, mientras proseguían aquel increíble vuelo llevado a un ritmo de auténtico vértigo.

— ¡Lo hemos conseguido! —exclamó Morrill.

Estaban lejos.

—No creí que lo contásemos —replicó Klaberg, mirando a través de la pantalla que todavía funcionaba.

Allá, a lo lejos, el planeta azul parecía un volcán en erupción.

—Nunca podremos aprovechamos de sus adelantos. Mil órbitas controlado por máquinas, para terminar desintegrado —se lamentó Klaberg.

—Si alguien lo hubiese descubierto, lo habría utilizado para mal... Siempre ocurre lo mismo, doctor. Los seres vivientes utilizan todos los inventos para destruirse... Es mejor así.

—Tal vez... Sí, tal vez... —musitó el doctor.

Morrill adujo:

—Si algún día desaparecieran para siempre los entes ambiciosos como Marcus, sería cuando verdaderamente habríamos alcanzado la perfección.

El planeta Swoboda, el planeta azul, desapareció por completo de la pantalla.

Ya nunca más se sabría de él.

Morrill, Smyrna y el doctor Klaberg tocaban tierra poco después, regresando tras la accidentada aventura.

Había que hacer un informe completo y esperar el regreso de los celadores supervivientes.

EPÍLOGO

La soberbia de Marcus había costado bastantes vidas, pero fueron más los que consiguieron regresar, salvados también de la explosión producida en la órbita de Swoboda.

La encuesta realizada fue completamente favorable a los hombres que habían luchado en pro de evitar una catástrofe.

Morrill por su pericia fue nombrado sustituto de Marcus. Klaberg dijo de él:

—Han encontrado al hombre ideal. Si ahora descubriésemos otros planetas azules deberíamos evitar la desmesurada ambición del nuevo jefe.

—Quizá algún día lo encontremos —respondió Smyrna.

— ¿Lo encontraremos? —preguntó extrañado el doctor al oír que su colega pluralizaba.

—Sí, colega. Morrill y yo hemos decidido hacer un largo viaje juntos...

— ¡Oh, muy interesante! Espero que aporte nuevos datos...

—No, no, doctor. El viaje será puramente de placer.

— ¡Oh!

— ¿Decepcionado?

—Pues era de esperar... Usted y Morrill siempre han estado muy compenetrados...

—Y hemos descubierto el amor... ¿Usted sabe lo que es esto, doctor?

—Oh, pues... Creo que ya soy demasiado viejo...

—Usted no es viejo, pero trabaja demasiado.

Un apretón de manos fue la despedida de los dos colegas.

—Suerte, Smyrna. Aunque no es necesario que se la desee. Forman ustedes una buena pareja.

Poco después la doctora se reunía con el nuevo jefe.

Una doble columna de celadores cubría el camino que iba desde la estación hasta la nueva nave, construida especialmente para aquel viaje.

Abrazados, el piloto y la doctora pasaron por entre la doble hilera de celadores.

Si el planeta Tierra hubiese existido, alguien habría dicho que aquella escena se parecía mucho a las antiguas bodas principescas, sólo que, en vez de espadas en forma de puente, utilizaban armas de grueso cañón y peso liviano y los engorrosos y recargados uniformes de dorada botonadura habían sido sustituidos por trajes funcionales que ajustaban perfectamente al cuerpo. Trajes incombustibles, prácticos y sencillos.

Pero aparte de la boda, todo lo demás seguía igual...

El bólido despegó lentamente.

Morrill explicó a su compañera:

—No he querido que pusieran el combustible nuevo. No tenemos ninguna prisa...

Sí. El combustible era lo único que habían podido conseguir. Klaberg había dado al fin con la fórmula, gracias al examen de las muestras del depósito de la nave de la que se sirvieron para la vuelta.

Pero sería sólo para los que tuvieran prisa.

Morrill y Smyrna preferían la lentitud.

Y a través del dilatado espacio, la nave avanzaba poco a poco llevando a bordo una pareja que había descubierto, como pocos, la verdadera esencia de la vida.

Había descubierto el amor.

F I N

Próximo Número:

RUPTURA

Clark Carrados

Era aquél un atentado
político
que, inmediatamente,
en el espacio
provocaría una catástrofe.

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.

HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

